

Estos cuentos en verdad no son cuentos. Podrían encuadrarse así: “relatos de base cierta”. Distintos momentos a lo largo de mi vida. Hechos que me emocionaron y que hoy entrego con forma de libro. Una mezcla entre la realidad y la fantasía los ha vuelto un poco “cuentos”.

Pero... ¿De qué está compuesta la existencia? ¿No se confunden acaso los sueños con la vida? ¿No vivimos también de lo que imaginamos?

Pensemos por un instante lo triste que sería nuestra vida si no la pintásemos de ilusión, si el ensueño no tuviese cabida, si no pudiésemos entrelazarlo con la rutina. Asumo el compromiso de llevar la realidad al plano de los sueños. Porque de sueños también vivo.

Cuentos no tan cuentos

Susana Fasciolo

Cuentos no tan cuentos

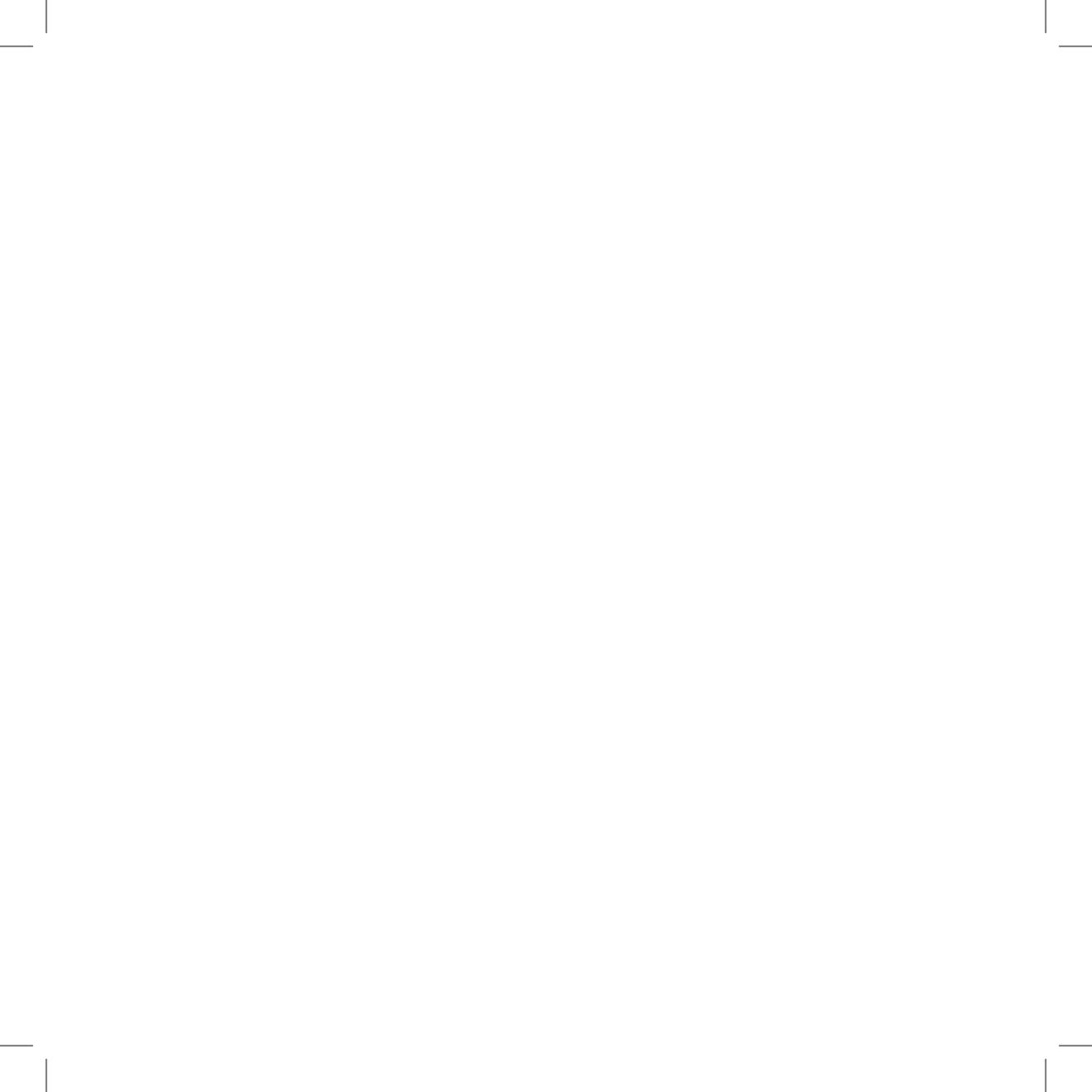
(entre la realidad y los sueños)

Susana Fasciolo



SUSANA FASCIOLO nació en la ciudad Buenos Aires en 1943. Sus padres se radicaron en Mendoza cuando ella tenía solo nueve años y, como su familia, adoptó al suelo mendocino como propio desarrollando su vida en esta tierra. En 1968 se recibe de Arquitecta en la Universidad de Mendoza, su actividad principal dedicada especialmente al interiorismo y el diseño de muebles. La decisión de escribir surgió por los años 90 de la mano del poeta Carlos Levi. “Juan Carlos Fasciolo - del científico al hombre” se llama su primer trabajo editado por la EDIUNC, en el que relata la historia de su padre, un enorme investigador que trabajó junto a los Premios Nobel Bernardo Houssay y Federico Leloir a partir de las cuales comenzaron a estudiar y tratar eficazmente la hipertensión arterial a nivel mundial.

Cuentos para niños de 10 a 100 años



Cuentos no tan cuentos

(entre la realidad y los sueños)

Susana Fasciolo

Cuentos no tan cuentos (entre la realidad y los sueños)

© Susana Fasciolo, 2015

Tel. (54 261) 4293123

susanafasciolo@gmail.com

Ilustraciones: Susana Fasciolo

Diseño: Horacio Duek

ISBN 5546579-649-25

Impreso en Buenos Aires, Argentina, febrero de 2015

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

A mi compañero

Aníbal

A mis hijos

Celia

Carlos

Horacio

Alicia

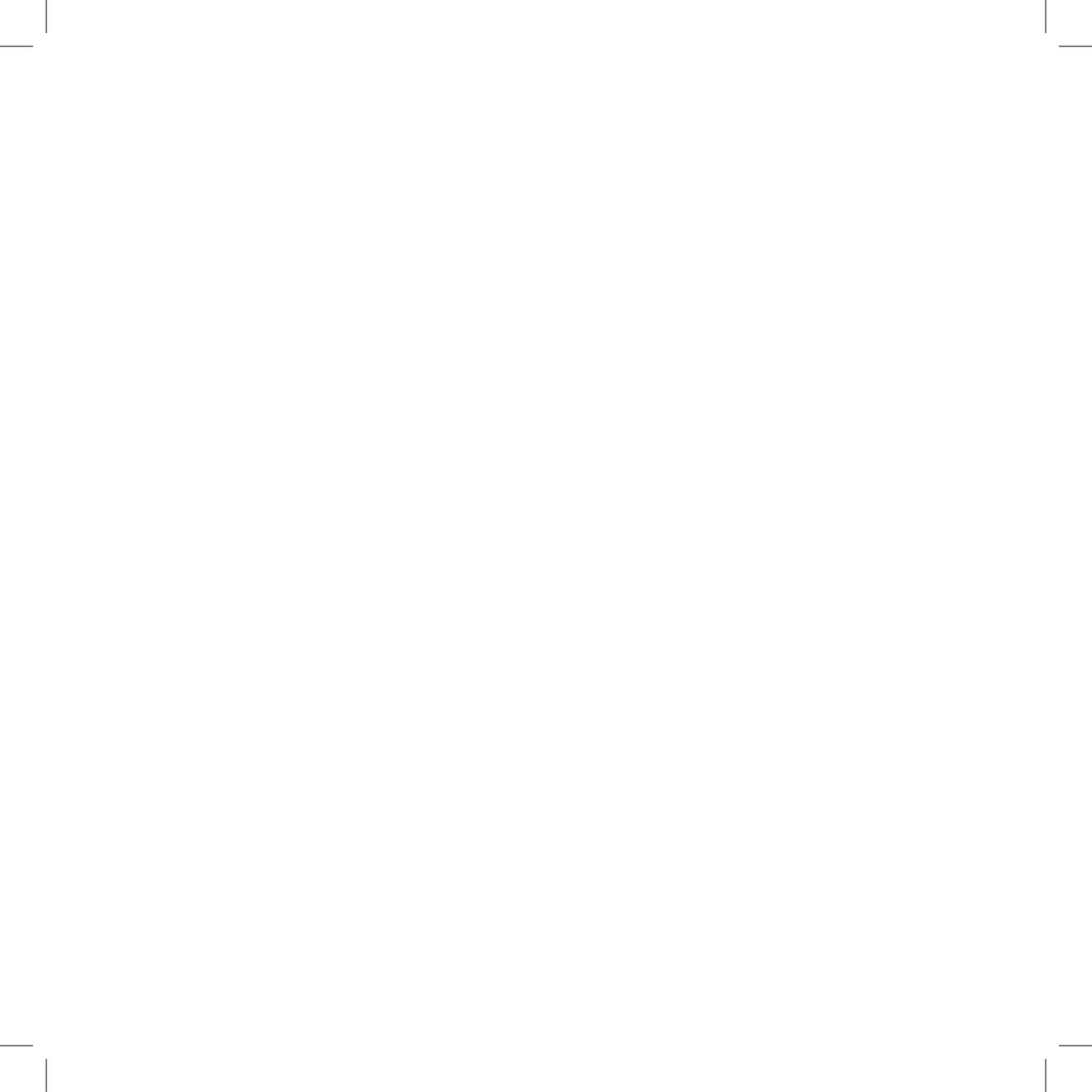
A mis sobrinos

Paula

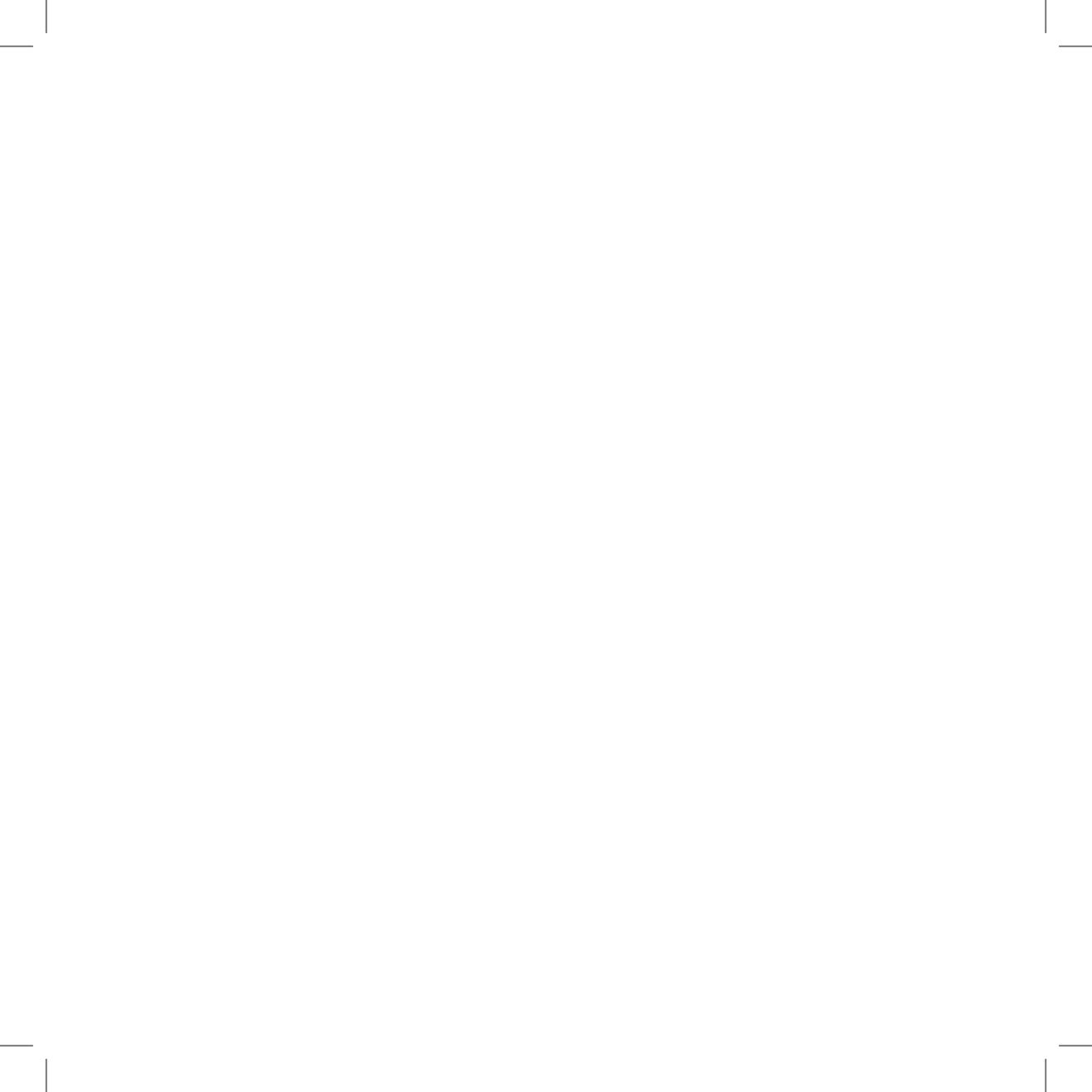
Lucía

Pedro

Gabriela



Un agradecimiento a Carlos Levy, mi maestro en el oficio de la palabra. Por las gratas horas compartidas en el taller *El adjetivo asesino*.



Si el sueño fuera (como dicen) una tregua, un puro reposo de la mente, ¿por qué, si te despiertan bruscamente, sientes que te han robado una fortuna?

Jorge Luis Borges

La deuda que tenemos con la obra de la imaginación es incalculable.

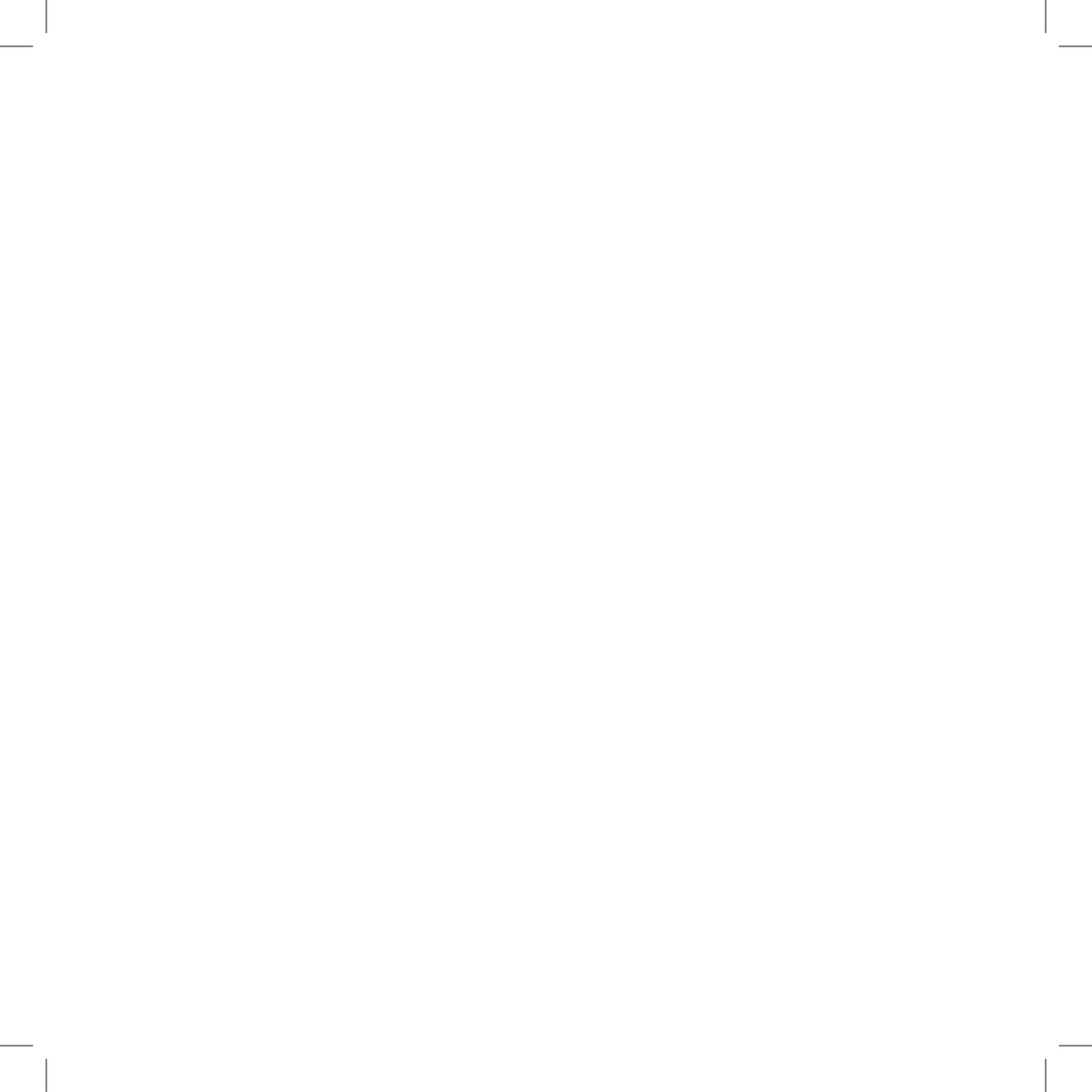
Carl Jung

Mientras más realidad enfrentamos, más nos damos cuenta que la irrealidad es el programa principal del día.

John Lennon

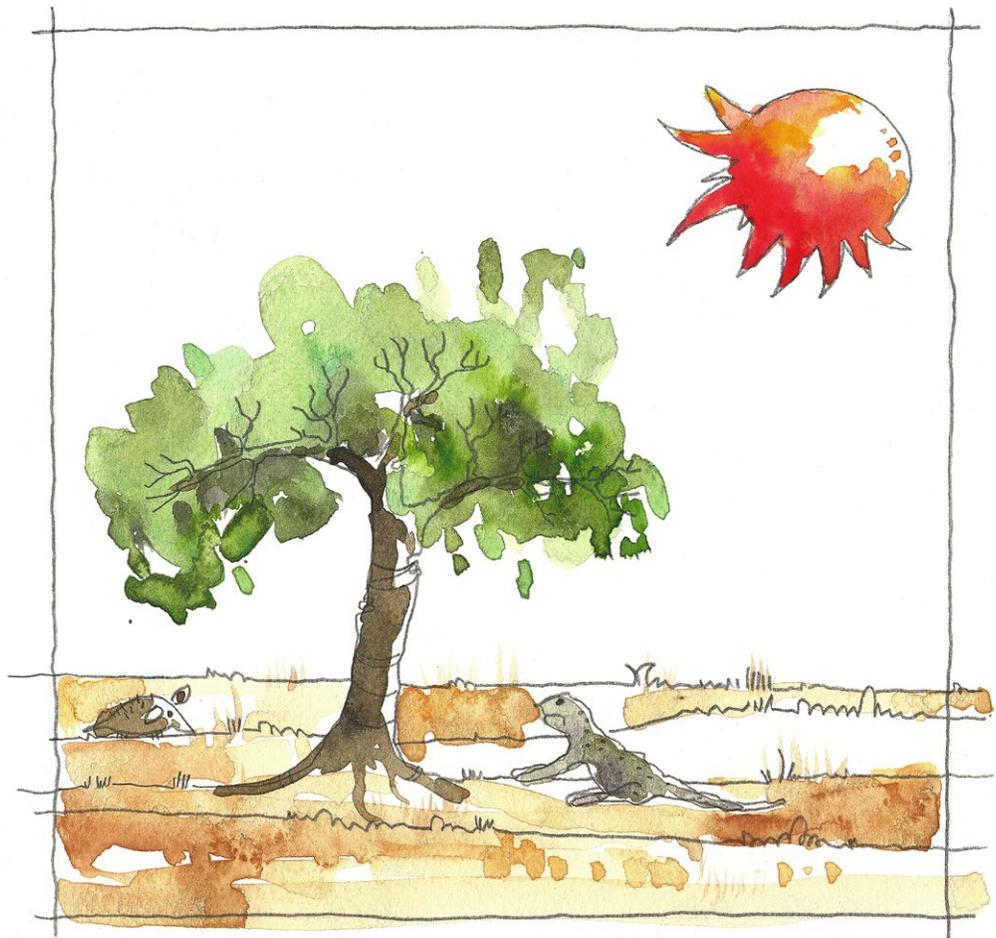
La realidad baila sola en la mentira y en un bolsillo tiene amor y alegría...

León Gieco

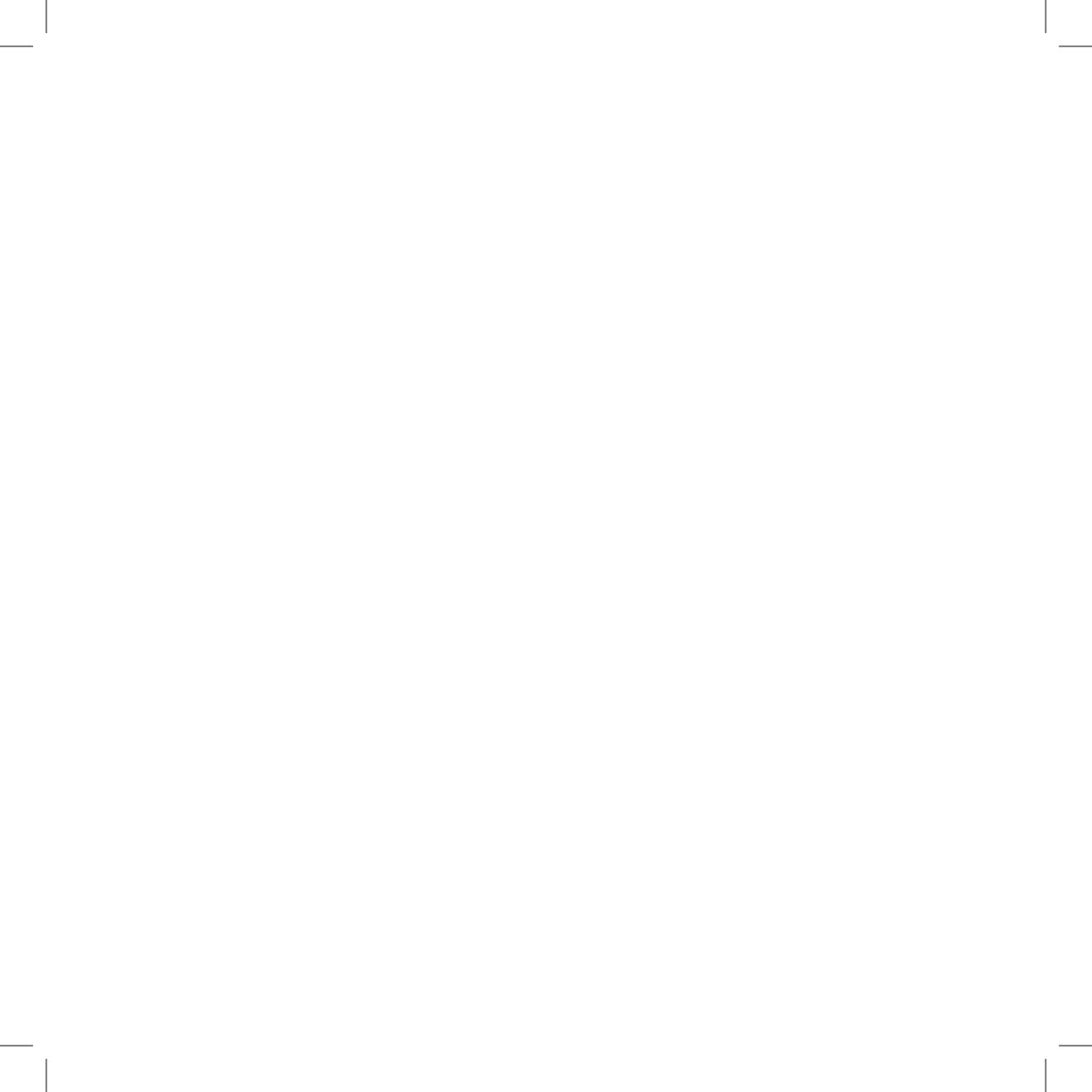


Cuentos

Un bosque en las arenas	13
Los perros no tienen alas.....	21
Al regresar.....	27
Padre.....	47
Los puentes de Cacheuta.....	57
Mariquita	69
Vuelo en el tiempo	79
La ruta blanca.....	89



Un bosque en las arenas



Muy fría mañana de julio. Preparada para una singular aventura, me levanté cuando la noche aún no alcanzaba la luz del día. Debía llegar a San Martín y Garibaldi antes de las seis. Urgentes los pasos y también urgente la impaciencia por conocer aquello que llamaban *bosque*, allá en el norte.

¿*Bosque*?... me preguntaba, ¿en un desierto de puesteros solitarios con cabras y gallinas? ¿*Bosque* en ese lugar de tierras amarillas, de arcilla cansada de sal? ¿Sería acaso un aliento de esperanza, un resplandor en las arenas? El bosque imaginado era de árboles gigantes, de troncos poderosos, de hojas carnosas. Intenso verde su suelo. Carmines, índigos y violáceos. Música en el aire y el sol colándose por las ramas, impregnando de magia el lugar. Mariposas y pájaros.

Llegué temprano. Heladas las manos y caliente el corazón. Cinco ómnibus esperaban a otros pasajeros, posiblemente tan ávidos como yo. Cámara de fotos, guantes, bufanda y abrigo. Mate, galletas y café.

Grabador para preguntas. Los custodios de la selva, seguro, responderían inquietudes.

Guanacache esconde tesoros de un tiempo que se fue. Un lugar de grandes lagunas ricas en peces, regaban cereales y plantaciones de chañares. Quedan como testigos, el caserío de Asunción, la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, las arenas de Los Altos Limpios. Con intriga, caminé aquellos sitios, como queriendo conocer a los antiguos pobladores. Nuevos misterios se presentaron. Me llené de maravilla. ¿Cómo no saber antes de ese mundo, tan diferente y tan cerca de la ciudad?

¿Y el *bosque*, el *bosque* prometido?

En medio de ese páramo, donde sólo había un rancho y una tranquera, a la orilla de la cinta de asfalto, se estacionaron los ómnibus. Imposible continuar. No estaban preparados para la hazaña que ven-

dría. Vehículos del ejército equipados para transitar por la arena serían los que nos llevarían al verde. Veinte mil hectáreas de extensión, nos dijeron. Amontonados, en las cajas de los camiones de ruedas necesariamente desinfladas, recorrimos los veinte kilómetros que separan la ruta del *bosque*.

Desconcertada al encontrar un paisaje árido, tan reseco como el anterior, me pregunté y me pregunté una y otra vez: ¿Y el *bosque*, dónde está? ¿Dónde está el *bosque* que imaginé, de opulentas hojas, de misterioso color, de mariposas, pájaros y endulzadas melodías?

Detuvieron su marcha los grandes rodados. Me encontré asombrada, con cientos de algarrobos, sobreviviendo en aquella estepa, rodeados de lagartijas, ratas, culebras. Y silencio. Mucho silencio.

¿Cómo pude imaginar un *bosque* estilo Walt Disney en la sequedad de Lavalle? Saber de mi torpeza me llenó de vergüenza. Resarcida por

la dicha de ser testigo de la gran bonanza de la naturaleza, mis ojos se abrieron a tanto milagro. El agua, elemento imprescindible, no estaba. No estaba en el cielo. No estaba en el aire. A la vista no estaba. Escondida, bajo la tierra, mansa, secreta y reservada. Allí estaba.

Quedé así, enamorada de ese paraje tan rústico, tan seco. Y tan nuestro. Prendada por asistir a la comunión entre la terquedad de un clima hosco y la generosidad del agua sumergida.

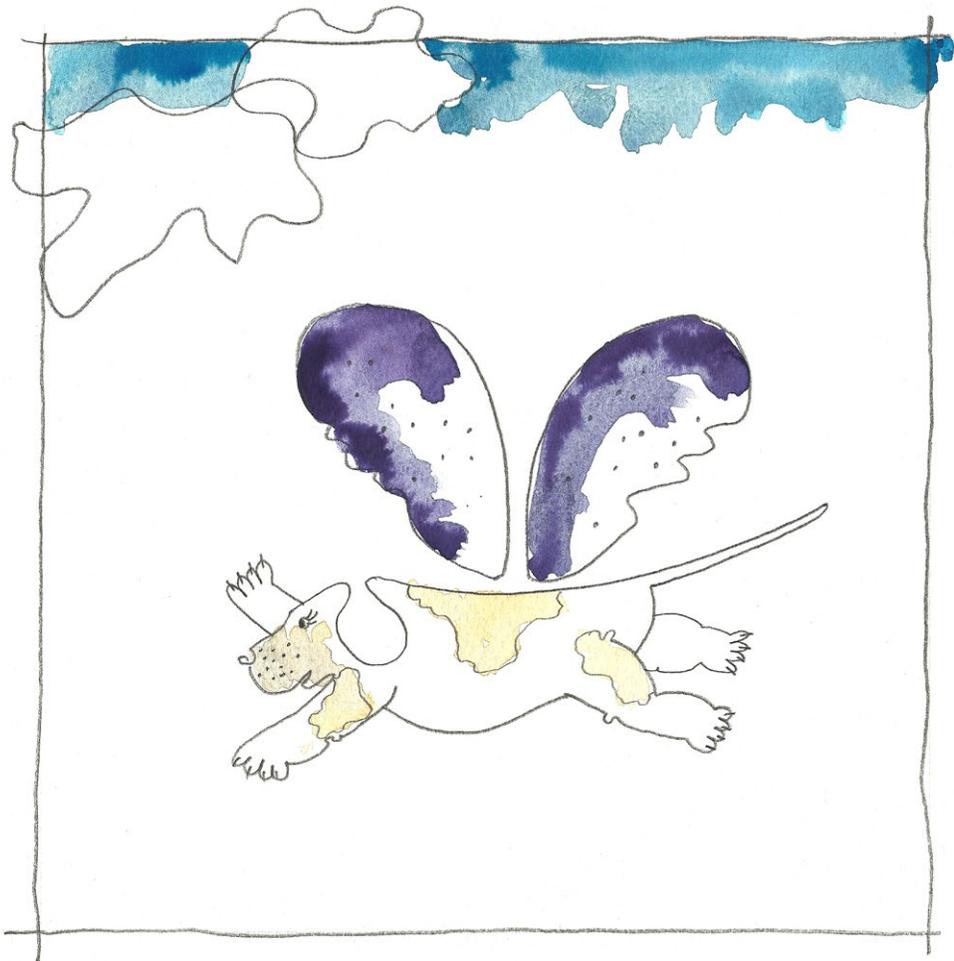
Comprendí, entonces, que *bosque* es también una reunión de algarrobos olvidados en un desierto de arena.



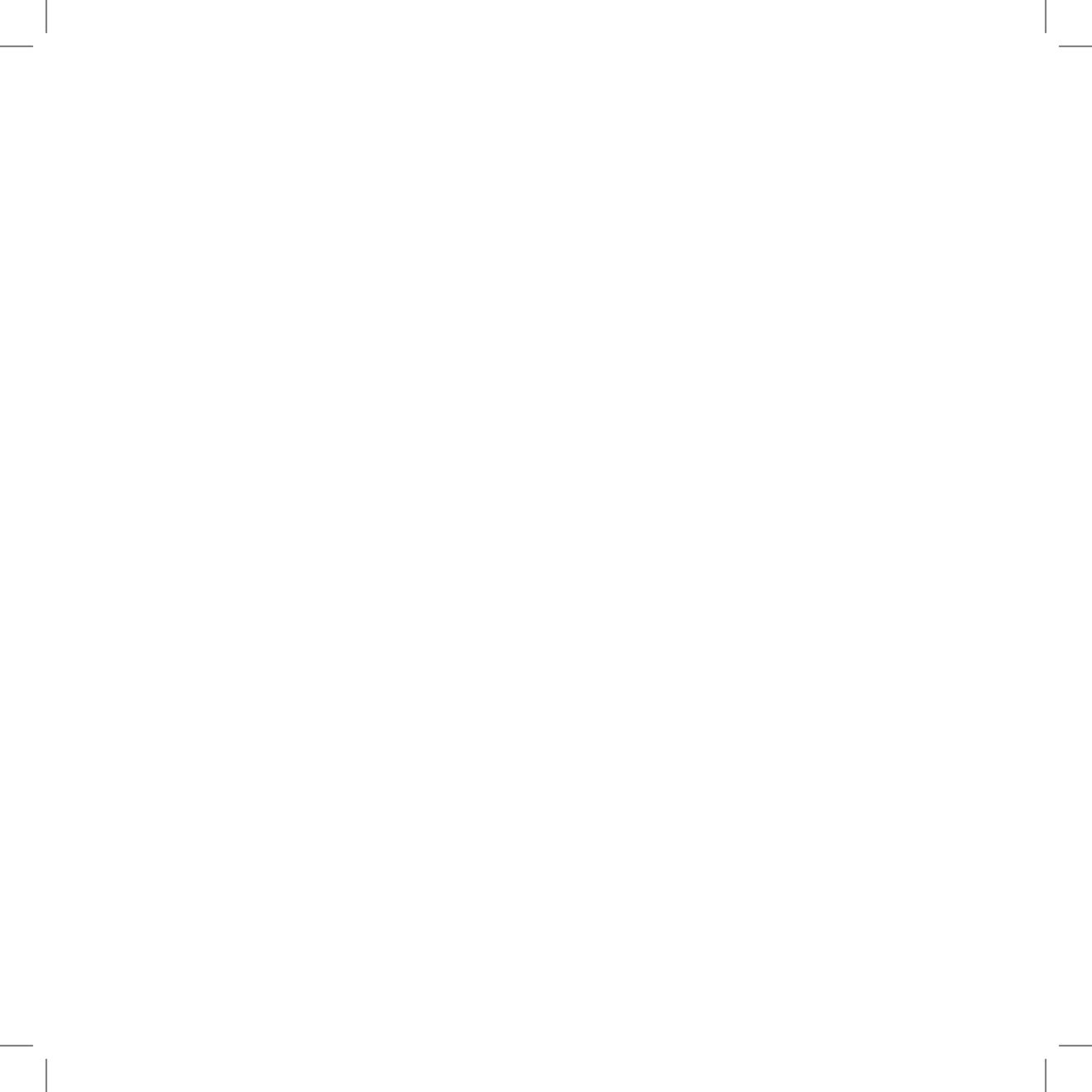
La Reserva Florística y Faunística Bosque Telteca fue declarada como tal en 1985. Su nombre proviene del huarpe, *teñc* “maduro” y *teca* “semilla”. Con sus 20.400 hectáreas de extensión, es el bosque nativo más importante de la provincia de Mendoza, ubicado en la llanura centro norte. La vida del algarrobo dulce (*Prosopis Flexuosa*) enclavado en la tierra arenosa, depende de las napas freáticas que se encuentran hasta a 10 metros de profundidad. El clima desértico supera los 40° C en verano y los -15° C en invierno y las precipitaciones no alcanzan los 150 milímetros anuales.

La conservación del bosque garantiza la supervivencia de animales herbívoros, como lagartijas, maras, cuises, ratones de campo, vizcachas. Provee sitios para la nidificación de gran cantidad de especies de aves. Numerosos insectos son atraídos por sus flores, frutos y troncos.

El bosque fue talado intensamente a principios del siglo XX para procesar su leña de gran dureza y alto nivel calórico en carbón; utilizado para impulsar las locomotoras del tren y para el alumbrado de la ciudad. Gracias al uso controlado del ecosistema, con la creación de la Reserva, cada día se aproxima más a lo que fue en tiempo pasado.



Los perros no tienen alas



Cumpliría su primer año. Sólo quedaban cinco días para festejar. Esa mañana la descubrí más viva que nunca. Así lo mostraba su deseo incontenible de correr, atropellando todo a su paso. Apuraba el andar por mi departamento hociqueando su camino.

Llegó temprano para verse con su madre, que se extrañó por tan repentina visita y la siguió en sus juegos al tratar de reconocer el lugar. Pocas veces vi un animal con tanto entusiasmo por el regalo de la vida. Como si supiese que su tiempo se acortaba y de golpe debía devorarse toda emoción posible.

Princesa nació y murió aquí de forma incomprensible. Vino al mundo, hija de Dana, nuestra querida pointer. Fueron siete cachorros. Los recibí aquella larga noche en silencio, cuando sólo se escuchaban los gemidos de la perra, que estaba de parto. Cuando supe que no vendrían más, los miré uno a uno, y descubrí que ella era diferente. Se destacaba su color té, en contraste con los otros, tono café. Disputaba las tetas de

su madre y con arrolladora energía se hundía entre sus hermanos cada vez que Dana tendía su panza al cielo para alimentarlos. Creció así, robando espacio a los demás. Era la más hermosa, tal vez por ser distinta. Su nariz, como un gran moño, hizo que mis hijos la bautizaran Rula, provisoriamente.

Poco a poco, sus hermanos fueron partiendo a sus nuevos hogares, quedando sola para disfrutar de las bondades de Dana. De este modo pasaron los primeros sesenta días. Nos encariñamos y la partida fue dolorosa. Pensé que nos pertenecía y me resistí a entregarla porque la suponía nuestra. Fue la única que nos visitaba cada tanto. Eran preciosos esos encuentros entre madre e hija, aunque no se reconociesen como tales. Y era una gloria para mí verla jugar nuevamente.

Un contrasentido que regresara al lugar de nacimiento para tropezar con su trágico destino. Tanta energía, su correr y saltar alocado, la llevaron esa mañana hacia ese brinco fatal, como queriendo volar lejos,

para del otro lado encontrar el seco golpe de morir. En un solo minuto, aquella que derrochaba vigor, que festejaba la vida, se entregó a la muerte, que, ocultando su tenebroso propósito, le prometiera licencia para tocar las nubes.

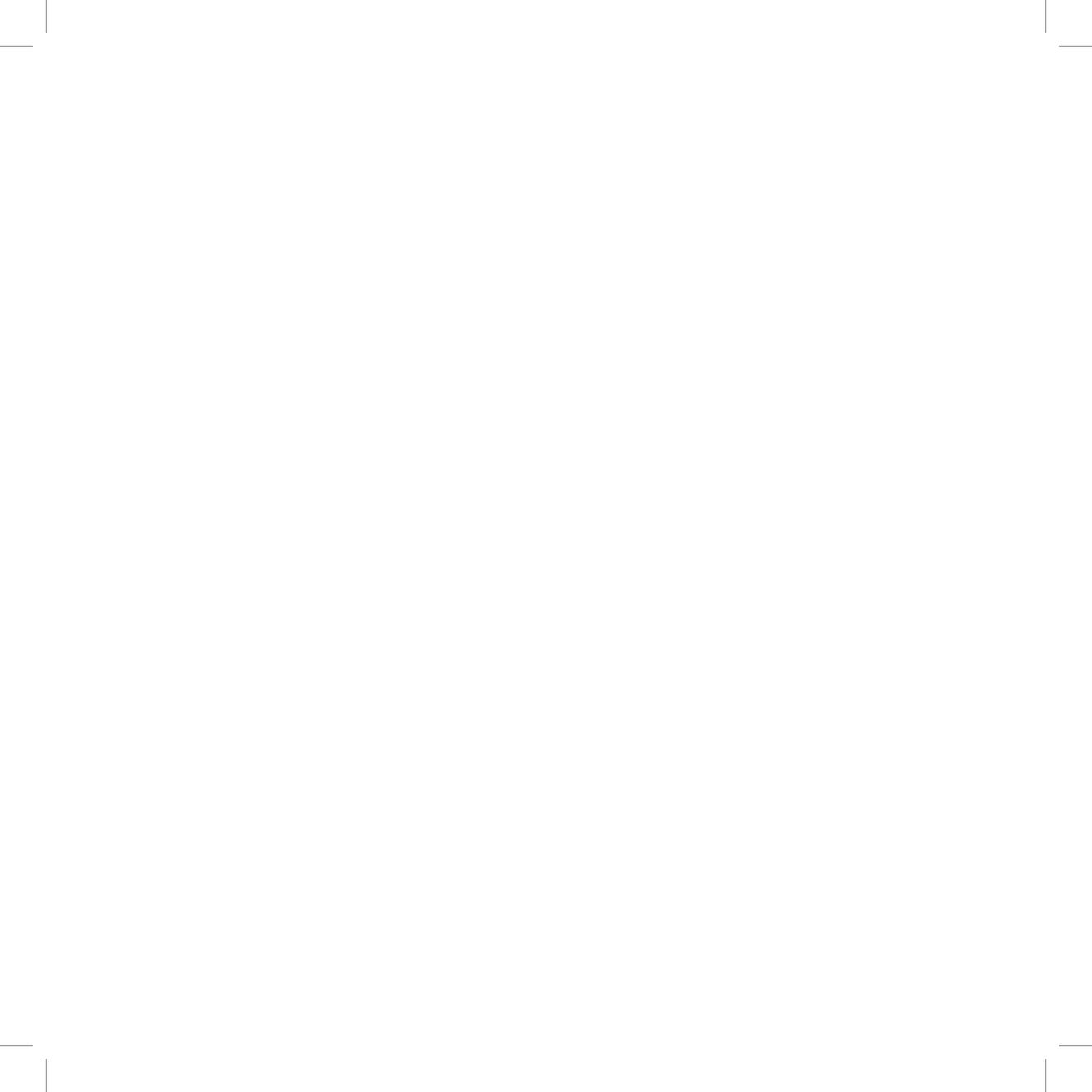
Seguramente Princesa no sabía al dar tamaño salto, que los perros no tienen alas. Posiblemente creyó tenerlas e intentó abrocharlas en el aire, pero el tiempo no alcanzó para realizar tan imposible sueño.



Nacer es un misterio del que poco me pregunto. Lo acepto como un regalo, pero no medito mucho del por qué. Pero sí, me complica la tragedia de la muerte. Esa punta de la existencia de los seres vivos que no tiene respuesta. Este ser tanto y un segundo después nada, me angustia. Porque una muerte, aunque sea muerte de perro, no es por eso, menos muerte.



Al regresar

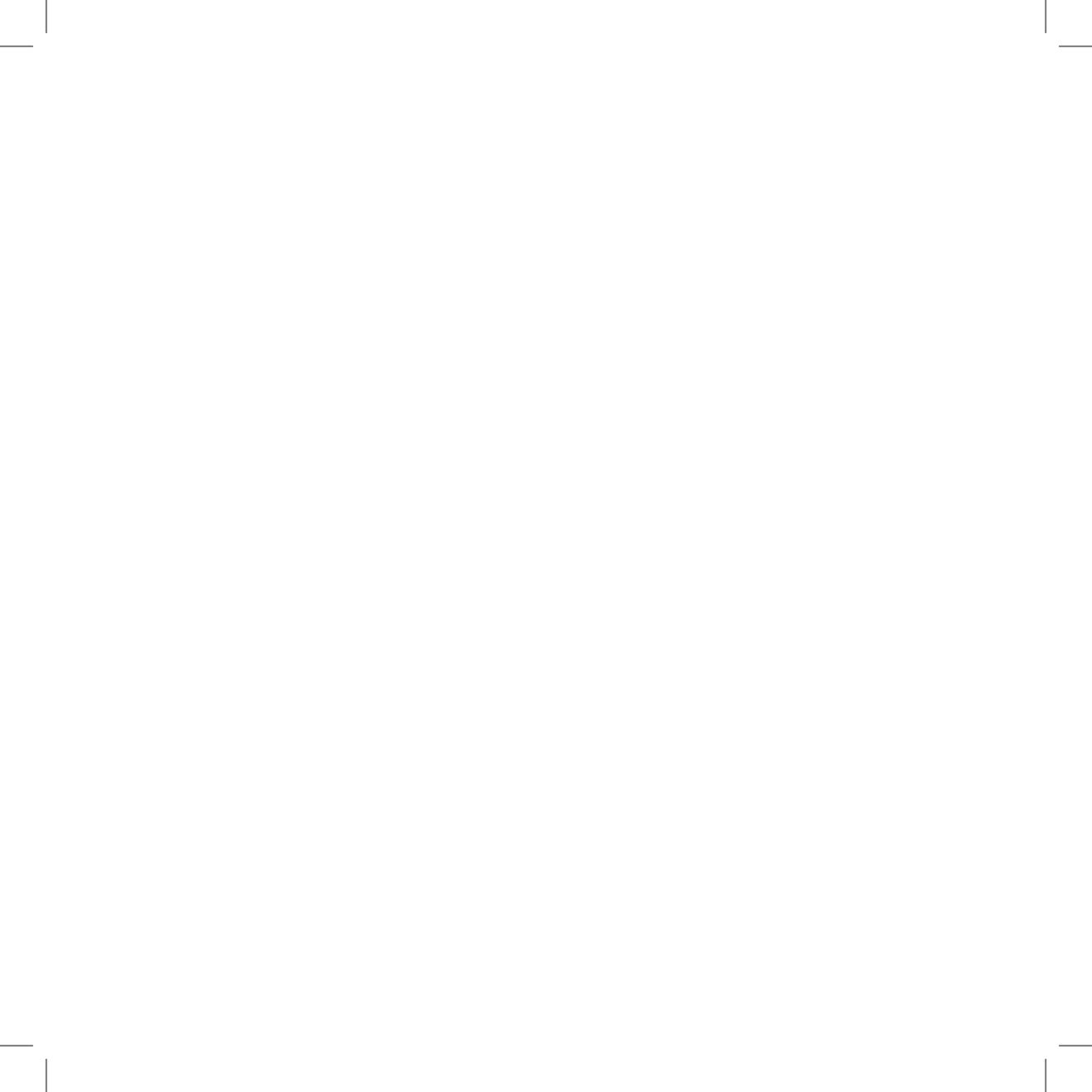


*Porque me sales de adentro y eres el mismo
y no sé cómo quererte
ni en qué lugar más alto
con todas las raíces*

*no sé qué cosa queda entre vos y yo
barrio
pero me da miedo saber que un día pueda irme
y no haya locos que te canten*

Barrio

Roberto Jorge Santoro ⁽¹⁾



Las aguas que antaño cubrían la villa se han retirado lentamente. Las ruinas pobladas de fantasmas asoman rompiendo el denso barro que las cubre. Insisten en resurgir del peso de los años, buscando sobrevivir, abriéndose paso entre los hediondos yuyos.

Cientos de eucaliptos heridos de muerte, todavía en pie, inmóviles, blancos de sal, con las cortezas caídas mostrando su desnudez, agonizan. Aquellos que con sombra cobijaran las cálidas tardes de la villa, hoy están condenados.

El paisaje del pueblo devastado no parece real, está tapado de espanto. El croar de los sapos, habitantes de charcos y pozos, palomas, torcazas, flamencos y teros, ponen una nota de vida en aquel caserío sin traza hundido en el olvido. Un grupo de corderos buscando sin saber qué, en aquel villorrio cansado de abandono, se regodea al danzar sobre los restos del antiguo matadero.

Nada queda del tiempo lejano. De aquellas arenas doradas, de agua que sanaba dolencias. Nada de brillo. De fiesta y de baile. De laguna poblada de sonrisas, de amores nacientes, de besos fogosos, de promesas eternas. Nada queda. Nada. Las lagunas encadenadas bajaron en furia hacia Epecuén, por ser la de cota más baja. La penosa intervención del hombre, campo arriba, desató la temible tragedia. Con camiones, camionetas, tractores y acoplados los vecinos de pueblos cercanos ayudaron a huir a los sorprendidos pobladores del avance de las furiosas aguas. La desolación invadió a los mil quinientos habitantes. No hubo cómo agradecer tanto compromiso de amigos.

Elena marcha tomada de la mano de su padre. Juntan lo valioso, los recuerdos. Es hora de partir, el agua avanza implacable, cubriendo el paisaje. No hay tiempo. No hay espacio para lágrimas. Hay que salvar lo necesario. Hay que salvarse. Lo que quede, permanecerá para siempre en el fondo del lago que crece implacable. Elena llora, aun sin entender la tristeza de su madre, el adusto rostro del padre, la congoja del hermano mayor. Tanta gente que corre sin rumbo, sin orden, queriendo llevarse lo imposible. Guardarán lo poco que rescaten. Volver a empezar otra vez, otra vez levantar los muros, instalar el techo, colocar puertas y ventanas, de nuevo buscar trabajo, congeniar con extraños vecinos, descubrir otra gente. Inventar un naciente sueño.

Nazareno protege a su hija, subiéndola al camión asignado para la familia. Juana, empapada y cansada, se sienta junto a la niña y al abrazarla estalla en llanto, sabiendo la magnitud del desamparo, pensando el futuro que les espera. Mientras, su marido y Pedro, terminan de cargar

lo poco que puede ser salvado.

Queda atrás la casa construida con esfuerzo. La habitación del frente donde estaba el pequeño almacén. El viejo sauce. Las macetas con malvones. La glicina que cubre la galería. El patio. La niña piensa en sus juguetes, el triciclo y las muñecas que abandonará. La familia está sola. Aún sin esperanza, el mañana llegará.

Después de veinticinco años Elena regresa a lo que fue su lugar. Recorre lentamente las calles embarradas, aquellas que antes llevaban con orgullo pomposos nombres igualando los de la gran capital: *Talcahuano, Cerrito, Suipacha, Esmeralda, Maipú, Florida, Cangallo* y hasta una se apodaba como la célebre *Avenida de Mayo*.

Busca lo que fue su hogar. Lo reconoce. Faltan el viejo sauce y la glicina que cubría la galería. Las macetas con malvones. El patio. En sueños imaginó encontrar altiva su vieja morada. Sus deseos son intensos,

busca entre escombros la muñeca, la de pelo negro y ojos celestes. No está. Tampoco el triciclo ni el camioncito de lata de Pedro. No están. La cocina, la mesa. El almacén de su padre. No están. Falta todo.

Sentada en las ruinas del muro que entonces separaba la casa de la vereda, cierra los ojos y se suceden las imágenes. Nazareno trabaja detrás del mostrador. Amable con sus clientes, los aconseja:

–Lleve este jamón, Doña Eulalia, se va a acordar bien de mí.

–No me gusta ese queso, Fermín, prefiero que pruebe el parmesano, está muy bueno.

–Le doy con yapa el crudo, señora María, usted se lo merece.

–¿Es la primera vez que viene al pueblo?, es tan lindo...seguro que volverá.

–No importa, Raúl, me paga otro día, a usted le fío.

Se ve a ella misma, chiquita, junto a su padre, trepada en un banquito,

envolviendo harina, azúcar, galletas. Sus manos apenas pueden doblar el papel y atar los paquetes.

Juana, corriendo de un lado a otro, limpia, cocina, lava y plancha. Con una sonrisa en los labios, canta, siempre canta. El plumero, la escoba y el cepillo son su coro. Pedro, de doce años, grande a los ojos de Elena, guarda con esmero debajo de la cama la pelota de fútbol que comparte con amigos en la plaza.

Siguen rodando las imágenes. Aparece la *Escuela Hipólito Irigoyen*, aquella de blancos muros y techos de tejas. En el aula, sentados en los bancos de madera, están los compañeros de segundo grado: Carmen, la rubia sabelotodo, muy suficiente; José, el mejor alumno, siempre prolijo; Perlita, la tímida de pocas palabras; Carlos, el de pelo rojo y cara cubierta de pecas, tan travieso; su mejor amiga, Lucía, a quién todavía extraña. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Seguirían juntas si no hubiese ocurrido lo que ocurrió? La presume grande, casada con algún

estanciero de la zona, cargada de hijos. Era buena la Lucía.

Mira hacia lo que fue la vereda de enfrente y presiente a Don Fermín, sentado en su silla, viendo pasar la gente que circula por la cuadra, ya viejo por entonces. Cansado de trabajar de peón en la estancia de los Araos, goza merecido descanso. Su viejita lo cuida. Se cuidan uno al otro. Juntos una larga vida. Elena conoce la vida de todos, es que como en todo pueblo chico, todos conocen la vida de todos.

Su imaginación sale a recorrer las calles vecinas. Ahí está la maestra en su casa, sola. Por jodida se quedó sin marido de tanto pensarlo. Sola, sola con su gata Aurora más mala que las arañas. La recuerda en la puerta mostrando sus afiladas uñas y filosos dientes.

Por allí anda la bella del pueblo, Rosalinda, linda de verdad. Reina de los veraneantes. De grandes ojos verdes y cabellos dorados. Lástima el marido que eligió. Un gringo bruto. Solo trabajo y trabajo, así descui-

da a su mujer. ¿Qué habrá sido de ellos? Si tuvieron hijas ¿serían tan lindas como la madre? ¿O tal vez se separó del hombre que le tocó en suerte? Seguro que ya perdió la belleza que la adornaba.

Y ahí van los Alonso, tan creyentes, a cumplir con los deberes que Dios manda, se llenaron de hijos. Ángela, Hugo, Jesús, Edith, Delia, Ana, Eduardo, Mercedes y el pequeño Tomasito. Van desfilando prolijos y vestidos de domingo, rumbo hacia la *Capilla Santa Teresita* que los convoca con sonoros golpes de campana. Son felices a su manera. Solo los perturban las andanzas de María Marta, la desinhibida vecina. De amores rápidos y urgentes. María Marta también es feliz a la suya, aunque a veces tropieza con alguna esposa celosa.

Anochece y los hombres se juntan en el boliche de *Mitre y Pellegrini* a jugar al truco, a tomar cerveza o un trago de vino o varios. Hablan de fútbol, de mujeres, ¿cuándo no?, tratando de averiguar cuál es la más puta de todas. Así horas y horas hasta tarde, tratando de arreglar el

pueblo y el mundo.

A la orilla del lago, el balneario, prolijamente cuidado por su encargado, Jaime Gómez. Es un buen tipo, responsable y eficiente. Si no fuera por él las piletas serían un desastre. Los turistas pueden disfrutar confiados.

En Epecuén todo funcionaba bien: los baños, las duchas, la sala de masajes, la de primeros auxilios. También se podía disfrutar de buenos momentos en la confitería. La gente del lugar estaba orgullosa.

Los jóvenes alternaban con los de afuera, divertidas veladas en “Bing, Bam, Bum” donde bailaban hasta el amanecer. Los adultos podían concurrir a disfrutar de buenas comidas en el restaurante “Hola, que tal”. Las aguas de Lago Epecuén atraían lo más selecto del ambiente social, político y artístico del país. El Hotel Las Delicias, el Plagge, el Gran Royal, el Pampa, el Monterreal y otros albergaban cada verano a cientos de

personas que buscaban las aguas del milagro.

Las grandes forestaciones del Camping Municipal, obra del antiguo intendente de Carhué, Don Nicanor Insúa, cobijaban a los veraneantes que disfrutaban de tan frondosa sombra. Cientos de carpas completaban el alojamiento de las cinco mil camas que disponían los hoteles. Los días transcurrían placenteros, los niños corrían alborozados y los mayores cantaban y bailaban al son de las guitarras bajo la sombra de los viejos árboles.

Como un cuento lleno de fantasía, se levantaba el Castillo de la Princesa. De torres y torrecitas coronado su cubierta. Famoso por leyendas de aparecidos y duendes. En su parque convivían pinos, tunas, tamariscos, pitas, yucas y flores, donde danzaban almas en pena las noches de luna. En realidad solo era un capricho de la Señora María Allaire, princesa por derecho al casarse con un noble polaco. Lo creó a semejanza de los castillos de Normandía, tal vez añorando aquel pasado esplendoroso,

de edificaciones de altas bóvedas y esbeltos arcos, de camas con dosel, de generosa mesa adornada con platería, porcelana y cristales tallados. Carruajes tirados por lustrosos corceles negros. Seguramente buscaba calmar tanta pérdida en las curativas aguas del lago. Lo cierto es que la Señora se paseaba por las calles en su radiante Ford T, el Pájaro Azul, admirado por muchos.

Así como en la viña del Señor, en la villa había de todo. Los buenos, los no tanto. Los malos y los tramposos. Los serios y los divertidos. Los que trabajaban y los vagos. Los que tenían de más y los que tenían de menos. Como en todo pueblo, un poco de cada cosa. Así se conformaba Epecuén.

Elena abre los ojos y de nuevo la verdad estremece, un aire frío invade la atmósfera. Lejos distingue la ciudad de los muertos, la que tuvo importantes edificios, casas, calles y bulevares. Aquel cementerio testigo de una época, donde las familias de dinero erigían templetos y panteones, moradas para la reunión de parientes en el más allá. Ahora

en ruinas. Algunos muertos fueron llevados a otros lugares y muchos están debajo de los escombros, todavía esperando.

Elena rememora una antigua leyenda que le contó su madre en la infancia:

En Epecuén, tierra de pampas, ranqueles y puelches, vivía la hermosa indígena, nombrada como el caserío, hija del jefe de la tribu. De ojos azules como el cielo, de piel cobriza y labios rojos como la flor del ceibo. Se sintió deslumbrada por la arrogancia, fuerza y valentía del enérgico Carhué, que la sedujo con el fuego de la pasión. Antes del casamiento, la fatalidad redujo al joven a una inmovilidad absoluta. Epecuén, envuelta en pena, lloró por días enteros. Tanto lloró que se convirtió en lago. El guerrero, buscando a su amada, penetra en las aguas, que de inmediato le devuelven la energía. Pero la niña ya es laguna y no pueden encontrarse jamás.

Agradece que su padre no quisiera volver para ver tanta desgracia.

Dejó la vida con la nostalgia abrochada a la piel. Asentado en Bahía Blanca, fue empleado de un supermercado hasta su temprana muerte. ¿De qué sirve estrujarse el alma si se apagará en zozobra? Su madre también se niega a regresar.

Así ha sido la historia de su tierra, de sequía a inundación, de triunfo a fracaso, de esplendor a decadencia. Sin tregua, de esperanza a desesperanza. El agua que le dio la vida, también le dio la muerte.

En un atardecer de abril, cuando el sol se esconde en la frontera del lago tiñendo de rosa las escasas nubes, la joven observa por última vez las ruinas. Jura no retornar jamás. Está calma, se había prometido el encuentro con las calles, el recuerdo de los amigos, con el encanto del pueblo en que vivió. Aún perduran las casas erguidas, los hoteles, la escuela, el castillo. El balneario de sal y barro. Y viven los bosques entregando tupida sombra. Reaparece el extenso paisaje lagunar con su flora y fauna y las arenas cubiertas de penachos blancos se doran al

sol. Se extravía imaginando que nunca ocurrió nada. El lugar otra vez se puebla de sonrisas, de promesas eternas. Habitan amores. Epecuén no está caído y es aquel de su ensoñación, el que no ha muerto. Está vivo como entonces. Como siempre.



Villa Epecuén fue fundada en 1921, vecina a la ciudad de Carhué a 570 kilómetros al sudoeste de la ciudad de Buenos Aires. Desde sus comienzos se constituyó en una villa turística a la vera de la Laguna Epecuén, cuyas aguas eran extremadamente salinas, con concentraciones similares a las del Mar Muerto en Israel y Mar Chiquita en Córdoba, las más altas que se conocen.

Una desafortunada decisión gubernamental interconectó las lagunas existentes en la zona, sin prever que la de Epecuén quedaba en la cota más baja. Una madrugada de noviembre de 1985, las intensas lluvias caídas produjeron un incontenible aluvión

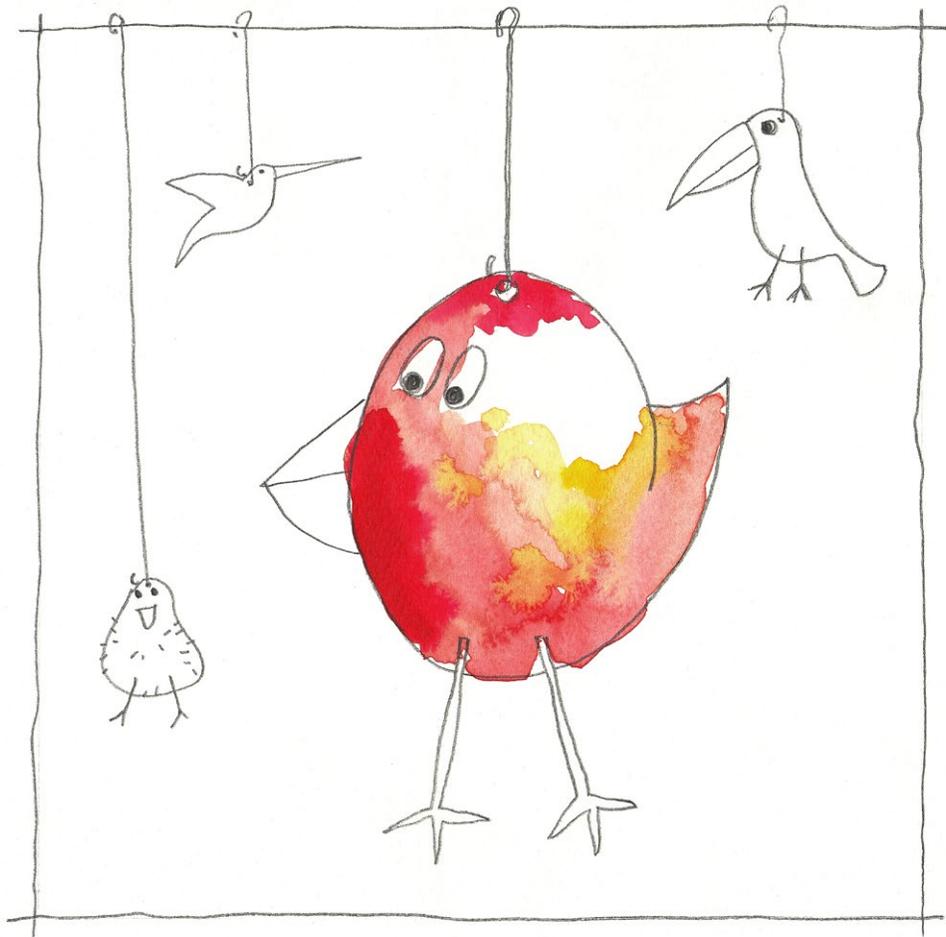
que derribó el terraplén que protegía al pueblo y en tan solo 48 horas quedó totalmente sumergido.

Villa Epecuén y el cementerio de Carhué estuvieron veinte años bajo las aguas. Las sequías que se sucedieron en los últimos diez años, favorecieron el retroceso de las aguas y hoy es un espacio donde conviven escasas edificaciones devastadas, escombros, historias y tristeza, propias de un pueblo fantasma.

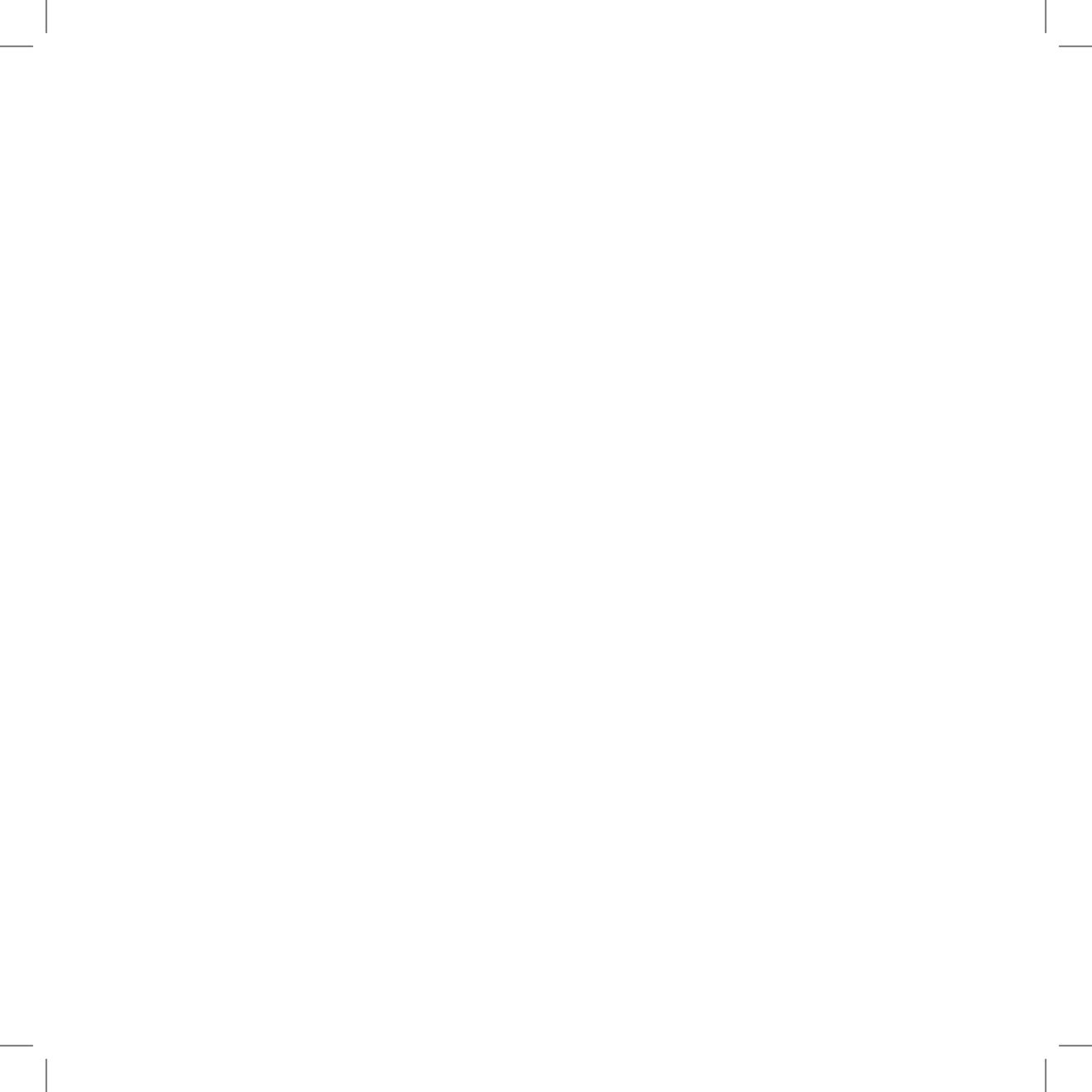
Gracias a la palabra escrita de Gastón Partarriue por su trabajo de investigación en *Sin Olvido - Historias de aquella Villa Lago Epecuén*.

Gracias a mis padres que por su historia de amor iniciada en Lago Epecuén, soy.

(1) Roberto Jorge Santoro (Buenos Aires, 1939 – detenido-desaparecido en 1977). De origen humilde, tuvo que ejercer numerosos oficios para sobrevivir. Más tarde perteneció al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Así, siempre tuvo una actitud política militante en sus escritos y poemas. Fundó y dirigió *El Barrilete*, revista literaria donde, por primera vez, tuvieron lugar los poetas del tango. Colaboró con otras publicaciones como *La Cosa*, *Gente de Buenos Aires*, *Papeles de Buenos Aires*, *La Pluma* y *La Palabra*.



Padre



La casa está abarrotada de pájaros. Inmóviles en el espacio, dispuestos a volar. Todos tienen nombre, nombre que recuerda a cada uno de los tantos varones que pasaron un día por ella. Cuando vuelvo, cada sábado, poso los ojos en alguno y la historia de lo vivido acude a la mente. Javier, Alberto, Federico el aventurero, Pedro, Roberto, Hernán el mago Gogo, Rodolfo, Carlos, José, el tío Piti. Los hay de muchos colores, de diversos tamaños, con plumas, o sin ellas, esculpidos en cerámica, madera o alambres entrelazados. Improvisados o perfectos. Alas abiertas simulando el vuelo o quietos, mirando expectantes el aire. Posiblemente algunos de los queridos amigos han olvidado que dejaron allí un regalo de presencia.

La colección creció con el tiempo, muchos años acumulando memoria. Sé, con certeza, que al quedar sola la casa, de lunes a viernes, tendrán mucho que decirse, aún entre los que no se conocieron y no se conocerán jamás. Imagino las tertulias, agrupados al calor del fuego de la chimenea. Así se explica por qué la bodeguita se encuentra

reducida cada fin de semana.

Indiscreta, logro entablar un diálogo mágico con aquellos que me dejaron una impronta profunda. Curiosa por saber de cada uno, en algún rincón del país y alejados del momento que nos convocó al encuentro, los acaricio. Se mueven colgados de hilos transparentes. Cobran vida, sueltan sueños.

Juan, mi padre, fue elegido aquella noche oscura, fría, sin estrellas, de luna escondida, para preguntar por aquello que no tuve audacia mientras vivió. Recordé cuanto entusiasmo ponía cada vez que venía a la casa de la montaña. Los luminosos días en que con su natural curiosidad, caminaba sobre las piedras del arroyo, recogiendo yuyos, buscando su origen. El poder del sol, la composición del agua, la rotación de la tierra. El cielo del sur, las constelaciones. La sabiduría inexplicable de la naturaleza. La inmensidad del universo.

Recostada en el sofá, la vista hacia el techo habitado de pájaros, mi mirada se posó en su plumaje rojo. En el plumaje rojo de Juan. Guardadas en mi pecho, las palabras salieron apremiantes de la boca:

¿Dónde éstas ahora, padre mío? ¿Será acaso probable que me escuches? Quiero contarte tantas cosas. Que sepas de mí. Saber de vos. Decirte que te quiero. Estrecharte y que sepas por el abrazo lo que siento. Pero... ¿por qué no antes? ¿Por qué? ¿Por qué esa forma de distancia? ¿Por qué no nos tocamos? ¿Por qué impusimos esa manera de alejarnos?

Y le reproché, entonces: Vos sos el causante. Vos. Lejano. Serio. Formal. Reservado. Vos. No pude atreverme a voltear la muralla de tus secretos. ¿Por qué perdernos tantos besos, padre?

Mi padre fue importante. Un científico de renombre, un premiado. Reconocido en el mundo. Una mente de privilegio. Llenó de aplausos su larga carrera. Fue homenajead, recompensado. Un hombre de éxi-

to, al final de cuentas. Dio lo mejor a su familia. Con ejemplo alentó a sus hijas al estudio. Nos trasmitió la curiosidad por saber. Mis hijos también se empaparon de tanta ilustración.

Tantos honores y pocas caricias. Tantas glorias y pocos besos. Tantos laureles y poca ternura. Tanta victoria y tanta derrota.

¿Por qué perdernos tantos besos, padre? Hoy padezco la ausencia de abrazos, la falta de mimos.

Juan está con las alas desplegadas, dispuestas a estrecharme, sus plumas listas. Sus ojos tristes situados en los míos. El pico, propenso de decir lo callado.

Hoy soy el que ves, hija.

“Nunca nos tocamos los unos a los otros lo suficiente. Solo al morir, me doy cuenta de que no he besado, ni he sido besado las veces que me correspondía. Que no me he enternecido, ni emocionado, ni he llorado con otros, ni reposado en otra boca, ni dado el corazón por gusto, ni he dicho unas palabras dulces, y aromáticas, ni arrollado igual que un palomo, las veces que debiera. Y lo más doloroso es advertirlo ahora, cuando ya no hay remedio, cuando no tengo los ojos, los labios, ni las manos.”⁽²⁾

Estoy encerrado en este pájaro carmín, colgado de una cinta, como simulando el vuelo. Este destino de pájaro sin vida, que vos me diste. Quisiera bajar, aterrizar a tu encuentro. Compensarte, resarcirte. Pero tengo alas de plumas muertas, cresta de roble, patas de cedro y ojos de mármol.



La casa que bauticé *Los Pájaros* se encuentra en Las Vegas, Potrerillos. Me perteneció por 17 años y concurrí a ella cada fin de semana. Sentía el llamado del aire de montaña en forma reiterada. Concurría por motivos de alegría, con familia y amigos, pero también para matar penas en soledad.

Por casualidad, jugando, con mi hija Alicia, por entonces una niña, surgió la idea de que cada varón que nos visitase quede simbolizado en un pájaro, confeccionado con diversos materiales.

Una sola bruja representaba a las mujeres que pasaron por aquel lugar. Ella controlaba, ordenaba, vigilaba y ponía orden entre los muchos pájaros que, entre lunes y viernes, al quedar la casa sola, se poblaba de cotorreos, picotazos, murmullos y muchos desacuerdos. Así causaban tremendo caos en la casa perdida en el valle.

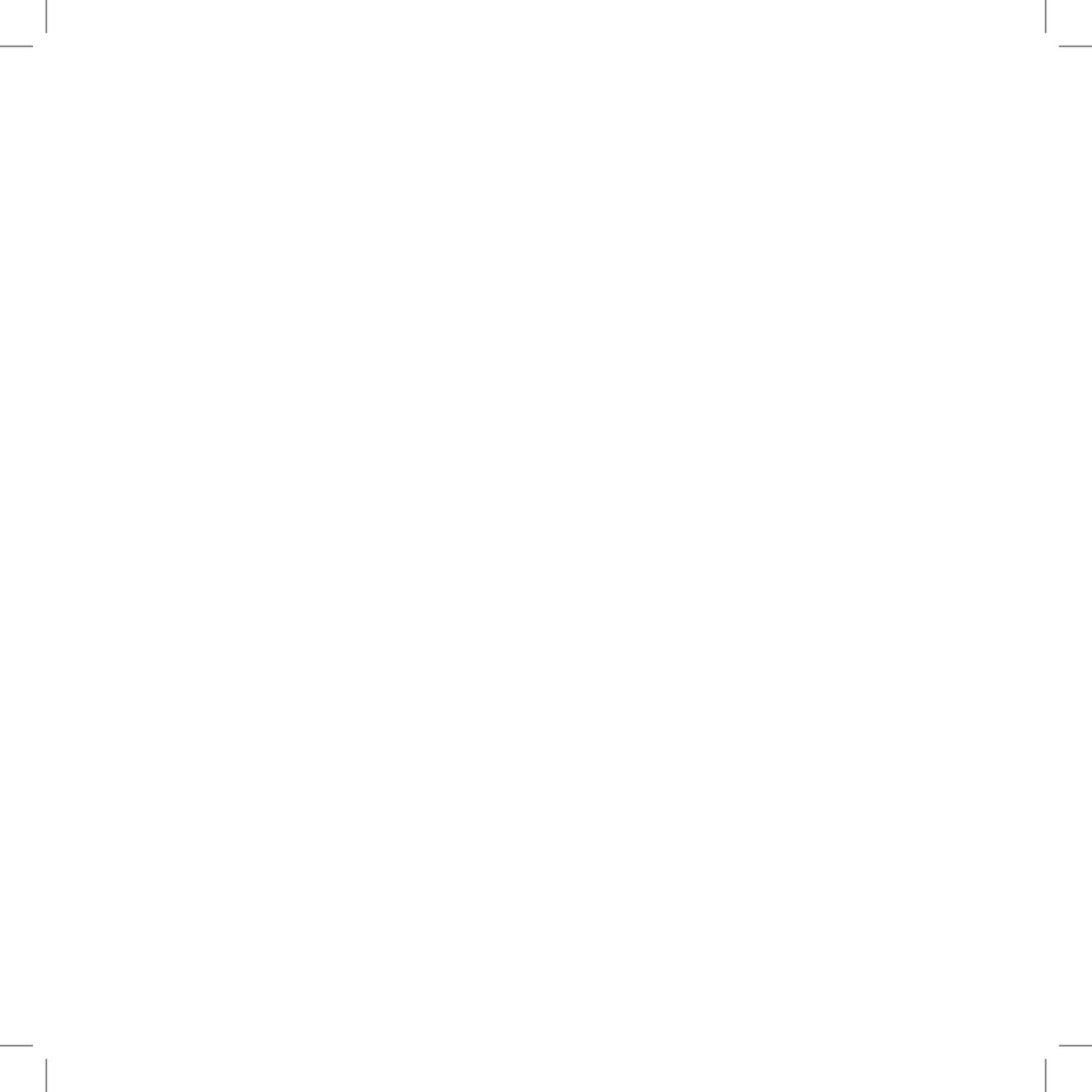
Por eso hacía falta la bruja.

(2) El texto pertenece a *La regla de tres* de Antonio Gala.

Antonio Gala (Brazatortas, Ciudad Real, España, 1930). Pasó su infancia en Córdoba y Córdoba se siente. Cursó estudios de Derecho, de Filosofía y Letras, de Ciencias Políticas y Económicas, obteniendo licenciaturas en todas ellas. Es un escritor multifacético y abarca temas tan disímiles como teatro, novela, lírica, periodismo, relato, ensayo, y hasta guión televisivo. En 2011 recibió el *Premio Quijote de Honor* en reconocimiento a su trayectoria. En 2014 lo destacaron con la *Medalla Ateneo*.



Los puentes de Cacheuta



Como todos los sábados preparo lo necesario para pasar el fin de semana en mi refugio. Parecen largos los ochenta y cinco kilómetros que separan la casa de la ciudad de la cabaña en la montaña.

Nina corre desesperada a mi alrededor presintiendo el paseo. Es necesario recordar todo, imposible en aquel paraje solitario encontrar lo que se olvida. Estoy atenta a cada detalle. En la canasta, acomodada en la cocina, coloco lo imprescindible: yerba, café, azúcar. Carne y vino. El bolso espera su parte: abrigo y gorro, los dos o tres libros que leo en forma simultánea, papel y lápiz para mis pensamientos, algún video para la fría noche.

Apurada por salir temprano, voy de aquí para allá. Mi espíritu siempre dispuesto para reencontrarse con aquella magia que lo convoca inexorable. El rabo de perra, mientras tanto, se mueve ágil. Si yo tuviese uno, los latigazos me dañarían las caderas.

Cargo el auto y parto. Apurada atravieso la ciudad, las calles a esa hora de la mañana están desiertas. Los árboles con tintes teñidos de amarillos se hallan casi despojados de hojas, por el comienzo del invierno. Después el paisaje árido, sólo cerro y camino, es cuando se hace esplendoroso. A lo lejos veo la cordillera mostrando enaguas de blancura en solitarias cumbres.

Siento imperiosa necesidad de escuchar música y la voz de la Sosa me envuelve. Nina con suaves gemidos hace sentir su impaciencia, mientras el tibio sol atraviesa los vidrios del auto.

Los pensamientos me transportan hacia otro mundo y floto en la penumbra de un viaje hacia mí misma, trenzando la alegría con la desdicha. Me hamaco de un costado a otro entre esperanza y desesperanza, que se acuestan y se levantan, repetidas veces, como heridas de muerte. *Zamba por vos*, entonada por la Negra, disipa mi mente y me dejo llevar otra vez por el andar del auto hacia el Valle de Las Vegas.

El largo camino recto de repente se interna entre dos paredones de montaña, como si se entrara a otro mundo, sombrío y oscuro, pero majestuoso. La ruta bordea la ladera de los cerros y abajo se divisa el río, torrentoso, de cristalinos remolinos. A lo lejos diviso el viejo puente de Cacheuta que me hará cruzar las caudalosas aguas. El otro puente, el colgante, que cruzara temerosa en el recuerdo, me lleva a antiguos paseos de niña, junto a mis padres y hermanas. Aquellos tiempos buenos, en excursiones de domingo, al descubrir con asombro la belleza del lugar.

Al llegar aprovecho el día soleado en la terraza. Están secos el rosal y la madreSelva que la adornan en verano. Al atardecer, ya en el refugio, enciendo el fuego de la chimenea. Mientras se asan las costillas me digo en voz alta los poemas de Antonio Esteban Agüero, a quien recientemente he descubierto:

*Ahora voy por las lomas
como antes, solitario,
pero alguien sigue mi sueño,
y oye escondida mi canto.
Palabras que nunca dije
dejan su olor en mis labios.
Raíces de besos hunden
hondos hilillos rosados,
visten mi carne de siesta
los besos que no he dado. ⁽³⁾*

La noche vence la tarde a pura negrura y como suele suceder en clima de montaña, en minutos la quietud se transforma en tormenta.

Prendo el televisor. Me dispongo a ver una vez más *Los puentes de Madison*, con mi admirado Clint Eastwood, y formo parte de las miradas que los dos personajes se regalan en los campos de Iowa. “*Aquellos de*

olor tan particular que tienen la misma riqueza que la vida. Ella piensa: Siento tantas ansias de él, que no sé que hacer. Él sabe que lo deseo, lo que siento. En este instante desaparece todo lo que hasta hoy conozco de mí misma. Parezco otra, pero jamás he sido tan fiel a mí misma". Francesca Johnson y Robert Kincaid se han enamorado. "Supo que él es su hombre, con la certeza que sólo se tiene una vez en la vida".

Pone en el cuello de Robert la cadena y la medalla de Asís que le había regalado la tía, hace tantos años en Bari. Él le susurra: *"Hemos dejado de ser dos personas separadas. Y hay gente que lo busca toda la vida y jamás lo vive"*.

Golpean la puerta. Me sobresalto. El miedo me atrapa. Tímida, pregunto quién es. No obtengo respuesta. Me calmo. Será mi imaginación. No comprendo por qué la perra no ladra. ¿Acaso sólo yo escucho el llamado? De nuevo, ahora los golpes son más intensos. De nuevo vuelvo a preguntar y de nuevo tampoco hay respuesta. El golpeteo es

cada vez más insistente, hay alguien del otro lado. Parece que la puerta se derriba. Camino lentamente hacia la entrada. Muy despacio, presa de temor, destrabo la cerradura y abro. Una ráfaga de viento frío ingresa a la casa. No veo a nadie.

Tranquila, me recuesto nuevamente dispuesta a seguir con la historia de la película. Siento que me hablan al oído. Kincaid está sentado a mi lado y me dice: *“Como dos pájaros solitarios que vuelan por las grandes praderas por designio de Dios, en todos estos años y estas vidas hemos estado yendo el uno hacia el otro. El camino es un lugar extraño. Por él andaba yo arrastrando los pies, y ahí estabas tú, caminando en la hierba hacia mí”*. El mismo hombre que está seduciendo a Francesca se ha vuelto hacia mí, enamorándose: *“Estás tan bella que los hombres al verte le aullarían a la luna”*.

Nos ampara la cama. Apurados de promesas caen nuestras ropas con impaciencia. Arrojo las penas subyugada por su calor y hundida entre

sus brazos zozobro en aguas de pasión.

Al despertar, *Los puentes de Madison* ha terminado. La pantalla en gris y un agudo sonido. Acepto que las emociones que creo olvidadas habitan silenciosas en mí y el día nuevo me encuentra tocada por la ternura.

Todo está en orden para el regreso. Nina mueve la cola imaginando otra aventura. Posiblemente de eso se trata. Entrar y salir de dos lugares distintos. Ciudad y valle. Ruido y calma. Soledad y amor. Existencia y utopía. Sueño y desvelo.

Bajo la llave de la luz, cierro la entrada de gas. Cargo el baúl, canasto, bolso y campera. Nina sube presurosa con temor a ser dejada. Me acomodo en el asiento del coche y enciendo el motor. Emprendo el regreso.

Otra vez el camino de cornisa. Otra vez cruzo el puente de Cacheuta. Mis pensamientos se encierran en tiempos idos. Mi infancia, los recuerdos viejos se juntan con lo vivido en la cabaña. “*Ahora voy por las lomas, como antes, solitaria, pero alguien sigue mi sueño, y oye escondido mi canto*”.

Miro por el espejo retrovisor. Descubro en él, la medallita de Asís de Francesca. Esa que ella puso en el cuello de Robert. Esa que su tía le había regalado en Bari, muchos años atrás.



Los puentes de Madison (The bridges of Madison County) es una película estadounidense de 1995 dirigida por Clint Eastwood e interpretada por el propio Eastwood junto a Meryl Streep. El guión está basado en la novela homónima de Robert James Waller. Robert Kincaid llega a Madison County, Iowa, en 1965, para fotografiar los puentes Roseman y Holliwell. Trabaja para el National Geographic y se ha perdido. Detiene su camioneta frente a la granja de la familia Johnson. Francesca está sola

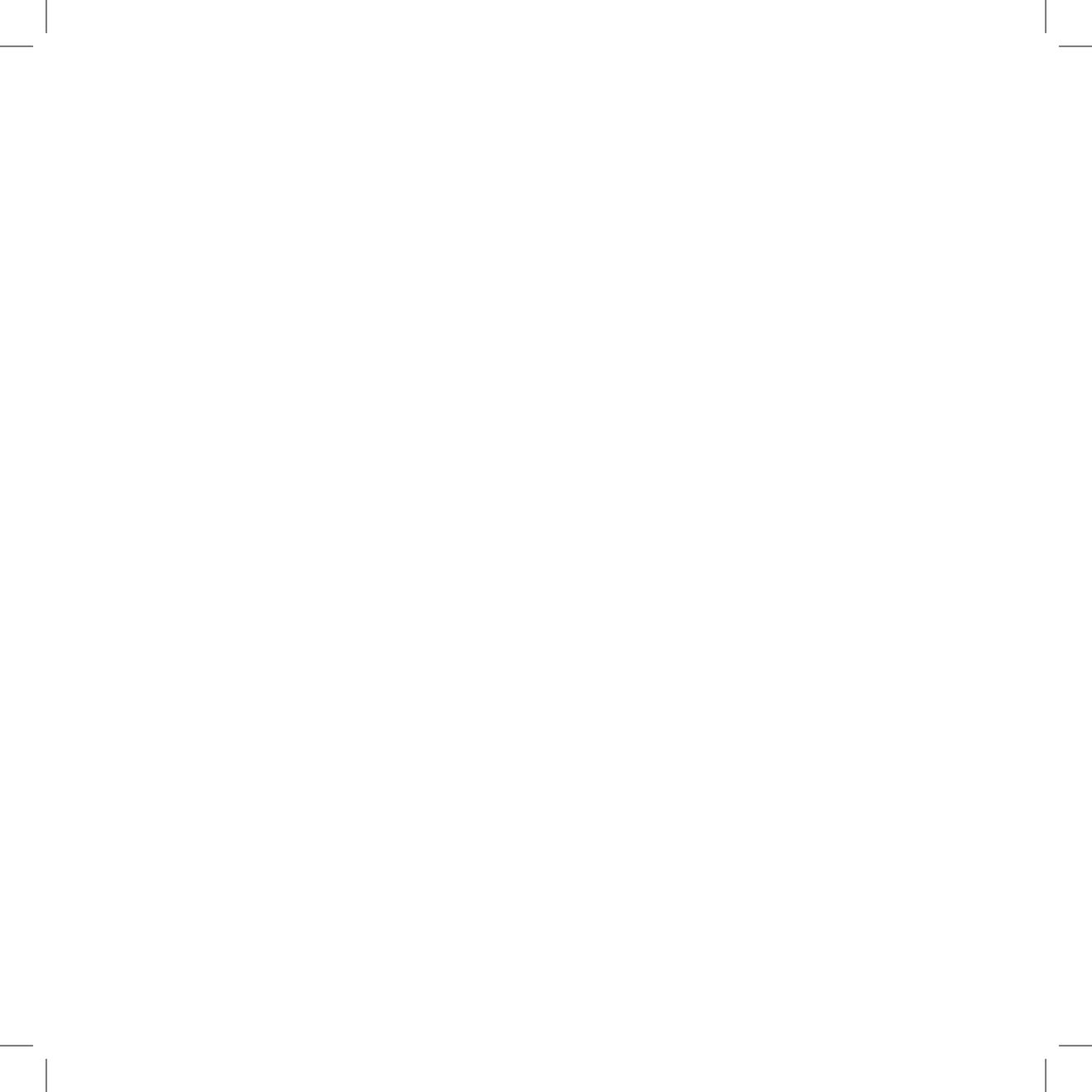
en casa. Su marido y sus dos hijos se han ido por pocos días a la Feria del Estado de Illinois. Lleva 17 años de casada, lejos de su Bari natal y con una vida rutinaria. Con el fotógrafo vive una historia de amor que dura solo cuatro días, pero Francesca la recordará hasta su muerte. Deja un diario que sus hijos leerán asombrados.

(3) *Romance del enamorado* de Antonio Esteban Agüero.

Antonio Esteban Agüero (San Luis, 1917 – San Luis, 1970). Poeta y prosista puntano nacido en Piedra Blanca, Villa de Merlo. Su vocación literaria data de sus 15 años. Ocupó numerosos cargos de importancia en el Gobierno de su Provincia. Mercedor de numerosos premios en su país y en el exterior. Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de San Luis, post mortem.



Mariquita



En algunas historietas los personajes centrales no tienen una vida familiar completa, al menos en aquellas que yo leía de niña. Así sucedía con Mariquita. No tenía parientes. Era solo ella, era solo yo.

De la misma manera, el Pato Donald no tiene hijos ni padres. Sólo la novia Daisy, tres sobrinos y el tío Patilludo, millonario y avaro. El Ratón Mickey, un avezado detective, que actúa solo o algunas veces acompañado por Pluto, su perro. Minnie, la novia, aparece de a ratos. La Pequeña Lulú y su banda de amigos: Tobi, Fito, Anita y los Chicos Malos. Aventuras que ocurren en la calle donde los protagonistas son los niños. La familia siempre en segundo plano. Más cerca de nosotros, Patoruzú, el indio de las pampas argentinas, aunque tiene padres jamás aparecen en los dibujos. Patoruzú, el tehuelche, buenazo, generoso y veloz que monta con maestría al inigualable Pampero, su zaino cimarrón. Ocasionalmente lo acompañan Isidoro, Upa, Patora y otros personajes secundarios. Todo un Héroe. Como excepción aparece la tira con costumbres similares a las nuestras, en la versión argentina llamada Lorenzo y Pepita. Es una

típica familia con dos hijos y con una vida ideal. Pepita dedica todo el tiempo a su marido y a sus hijos. Su casa es cualquier casa de barrio. Gustos simples. La siesta en el sofá, un inmenso sanguuche a la hora de cenar, y besos entre los niños y mayores. La vida diaria de una familia como la mía. O como la tuya.

Piel de porcelana. Manos y pies pequeños y uñas de sugestivo rojo. Cabello, ni rubio ni oscuro, de miel. Boquita de tinte carmín. Ojos de vidrio, verdes como olas de mar. Ojos que al abrirse se posaban fijos clavados en los míos. Inmóviles, solo se cerraban cuando la acostaba. No respondía a mis palabras. Siempre en silencio guardando quien sabe qué secretos. Yo le hablaba, le hablaba y le hablaba. Le contaba historias de lejanos países, de hadas, princesas y sapos encantados, donde los bosques eran de caramelo y las casitas de chocolate. Nada de esto la conmovía.

Tenía nueve años y le había concedido a mi muñeca sólo tres. Era su madre. En un mundo de fantasía todo es posible. Recibía el cuidado que cualquier mamá le brinda a su única hija. Padre no hay. La dedicación debe ser mayor. No hay padre, porque en el juego de las niñas, éste es un personaje sin importancia.

Hoy a la distancia no entiendo cómo era ese mundo sin hombres. Claro,

en mi vida real había un papá y era el centro de mi afecto. Desconocía en mi niñez, cómo era aquello del nacimiento. De haberlo sabido ese mundo de quimera se hubiese roto. En ese mundo tampoco había hermanas ni hermanos ni abuelos ni primos ni tíos. Solo ella y yo alcanzaba para cubrir todo el universo de la utopía. Era su madre, ella mi nena. Así de simple.

Mariquita se enferma poco, tengo suerte de no concurrir mucho al médico. Una sola vez, larga noche de una semana, junto a su cama, de fiebre alta y cuerpo de puntos rojos. Varicela, me dije, normal en los niños.

Cada tanto salimos de paseo. La plaza con sus verdes jardines es nuestra preferida. Sé que le gusta la hamaca y yo disfruto al sentarla en una de ellas iniciando el tradicional balanceo.

Como soy una madre con muchas obligaciones, dejo a Mariquita algu-

nas horas en una guardería, que inventé en un rincón de mi casa. Está bien cuidada, estoy tranquila. Ella disfruta de verse con otras muñecas y muñecos tan chiquitos como ella. Tan callados como ella.

Despertamos con un rico desayuno, leche y tostadas con manteca y dulce. No falta el vaso con jugo de naranja. El almuerzo y la cena son iguales a aquellos preparados por mi madre, fideos, arroz, pollo, carne. Verduras y frutas. A mi muñeca no le gusta comer y debo insistir para que termine lo servido en el plato. Así crece sana.

La acompaño todas las noches, junto a su camita, esperando que llegue el ansiado sueño. No me voy de su lado hasta saberla dormida.

Mi niña no me habla. Nunca me habla.

En la famosa *Boutique de Mariquita Pérez*, en las Galerías Bristol de Mar del Plata, cada verano le compro la ropa para todo el año. Ropa

a semejanza de la mía. Jeans, zapatillas, zapatos, sacos, abrigos, pantalones y polleras.

A pesar de mi insistencia, no logro que me hable. Vive en su mundo de muñeca. Solitario universo. Me desespera no saber de ella, por ella. Quiero que me cuente si es feliz, si los cuidados que recibe le dan encanto, si me quiere. Saber si le importa que yo la quiera tanto, como quiere una madre. Pero nada. Nada. Mariquita no me habla.

Pasó el tiempo y crecí. Entré en la adolescencia. Comencé a descubrir otras verdades. Abrí los ojos a nuevas sensaciones y la que había sido mi “adorada hija”, quedó abandonada en un rincón, acostada, con los ojos cerrados. ¿Tal vez dormía? ¿Soñaría que era mamá?

Una noche al volver a casa, presta a descansar, veo que Mariquita se levanta de su cama, camina hacia mí, estira sus cortos brazos y se aprieta contra mi pecho. Sus grandes ojos verdes, ya no son de vidrio, sino

que tienen un brillo parecido a un naciente llanto. Siento palpitar su corazón, fuerte, muy fuerte. Débilmente dice “mamá”, sin advertir que yo ya no soy su madre. La fantasía ha terminado. Ahora soy una mujer.

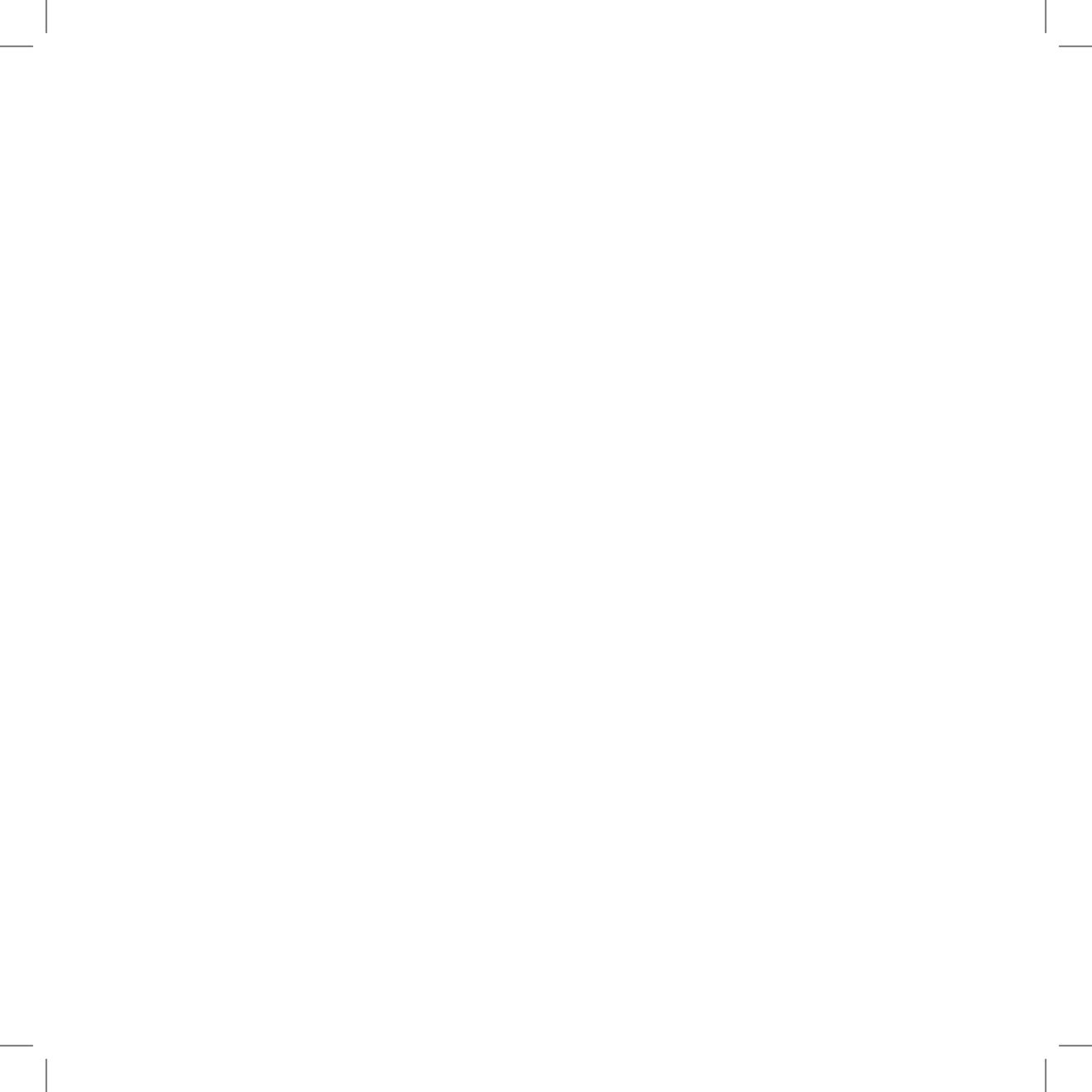


La muñeca Mariquita Pérez fue creada por Leonor Coello en 1938, en Portugal. Fue la muñeca más célebre de los años '40 y '50, trascendió las fronteras de Portugal y España para instalarse en muchos países. Creada a la imagen y semejanza de las niñas de la época se vestía igual que sus dueñas. Las había de distintas versiones, con cabellos de diferentes colores, naturales o de lana. Ojos celestes, verdes o pardos. Era frecuente, por entonces que las niñas soñasen con la apreciada muñeca.

La *Boutique de Mariquita Pérez* estaba situada en las *Galerías Bristol* de Mar del Plata. Allí había de todo. Se encontraba ropa de calle, de playa, escolar, vestidos de primera comunión o de fiesta. Sombreros y zapatos. Bolsos y carteras. Además de mobiliario de tamaño pequeño: cama y ropero, mesa y sillas y hasta el pupitre, idéntico al que se utilizaba en la escuela. Asombraba encontrar lo mismo que usaban las niñas de la época, pero tamaño de muñeca.



Vuelo en el tiempo



Fue en agosto bajo un sol arrollador cuando recorrimos el valle. Larga la caravana de autos comandada por un experto en el lugar. Nos deteníamos en cada sitio con atractivo, deseosos de conocer más y más de tan lejano pasado. Los ojos se abrían al milagro de las huellas dejadas hace millones de años.

El recorrido demandaba varias horas. El intenso poder del sol para esa época del año y lo inoportuno del mediodía, se sumaban al cansancio de los que veníamos de un largo viaje. Además los reclamos del apetito que pedían un urgente bocado. Ni el agua helada al partir, ahora tibia, servía para engañarse. A pesar de las molestias, nada detenía la curiosidad de los visitantes. Nada.

Asombraban con creces las formaciones que presentaba el paisaje. El gusano, el valle pintado, la cancha de bochas, el submarino, el hongo, eran algunos de los nombres puestos a esos raros peñascos. Grandes esculturas en roca labradas por el agua y el viento, tenían

un aspecto casi lunar.

El guía de la expedición contaba de los antiguos pobladores de esas tierras. Animales gigantes habitaron aquel suelo. Hablaba de feroces depredadores que nombraba con términos difíciles. *Herrerasaurus*, *Frenguellisaurus*, *Sillosuchus*, *Triasolestes Romeri* y otras tantas bestias.

Me imaginé sola frente a tanto peligro, en las fauces de alguno de esos feroces, sofocada entre las garras de un *Cinodonte*, o aplastada por la enorme pata de un *Arcosaurio*. Seguramente que de vivir en la misma época la raza humana no hubiese subsistido. Perturbada por mis pensamientos y agotada, me tiré exhausta en la arena.

Me transporté en el tiempo.

Corría, corría, corría, tan rápido como lo toleraban mis cansadas piernas. Volando bajo me perseguía una enorme bestia de grandes alas. Yo

corría y corría, pero era en vano. Se posó en el suelo, se abrieron las garras de sus patas como enormes pinzas, peludas, como negros garfios y me levantaron. No sé cómo me acomodó en su lomo. Me aferré fuertemente al cogote del animal y entonces levantó vuelo.

Reconocí, gracias a mi curiosidad por el estudio de los dinosaurios, que mi captor era un *Pterodáctilo*, esos que solían estar colgados de los árboles como los murciélagos. De alas muy largas sostenidas por un largo dedo, patas como cóndor y un largo cogote. Cabeza pequeña, pico puntiagudo, boca dentada. Un verdadero monstruo, feo, muy feo. Feísimo. Sin embargo tenía un bello planear. Sin razón alguna me sentí segura montada sobre él.

Recorrimos hermosos paisajes, que en nada se parecían a la aridez del valle que había visitado. Pero reconocí algunas de las rocas por entonces en formación, como las que había visto en la larga caravana. Definitivamente era el mismo lugar pero doscientos cuarenta millones

de años atrás. Esteros, ríos, lagos y lagunas. Altas cascadas de agua cristalina. Pasturas, rastreras, flores y enredaderas. Helechos gigantes y bosques de coníferas. Un sinfín de colores amalgamados bajo un cielo azul intenso. Vi otras bestias, que no me parecieron tan feas, en esos campos de increíble belleza.

Todavía no sabía si estaba secuestrada, si mi captor era bueno o malo, si pretendía llevarme a un oscuro lugar, internarme en una cueva, depositarme entre las lianas del bosque o largarme en la laguna que se divisaba a lo lejos. Me sorprendió mi calma. Confiaba en la bestia.

De repente, bajó suave en una playa de arenilla blanca. Apoyó su largo pescuezo sobre el suelo facilitando mi descenso. Sentí sus enormes ojos, clavados en los míos. Intensos, fijos, como un atisbo de amistad, de bonanza. Estábamos a los pies de una alta palmera generosa de cocos desparramados, de los que bebimos su leche y comimos la pulpa.

El dinopájaro levantó vuelo, lo seguí con la mirada. Posándose en el agua clara de la laguna se movió cual rana y agitó su cola como timón de barco. Ejercicio indispensable para extraer con su gran pico un pez que quedó atrapado en sus fauces. Con su preciosa carga se detuvo en lo alto de un pino cercano. Allí estaba el nido. Los pichones reclamaban su diaria porción. Entonces supe que el gran pájaro era una pájara. ¿Cómo no distinguir antes el gran moño que la adornaba, ni sus largas pestañas finamente maquilladas? Ahora comprendía su vocación de madre ofrecida a mi persona. Hembra tenía que ser.

Quedé en ese paraje sin saber cómo retornar, cómo encontrar el camino de regreso al Valle, cómo volverme a la caravana, cómo adelantarme doscientos cuarenta millones de años.

Sin encontrar respuesta me tiré en la playa, bajo la sombra de la palmera y dormí.

Al despertar estaba de nuevo en el ahora. Pero no tenía sed ni hambre la leche de los cocos había calmado las ansias y mi boca tenía un delicioso sabor.

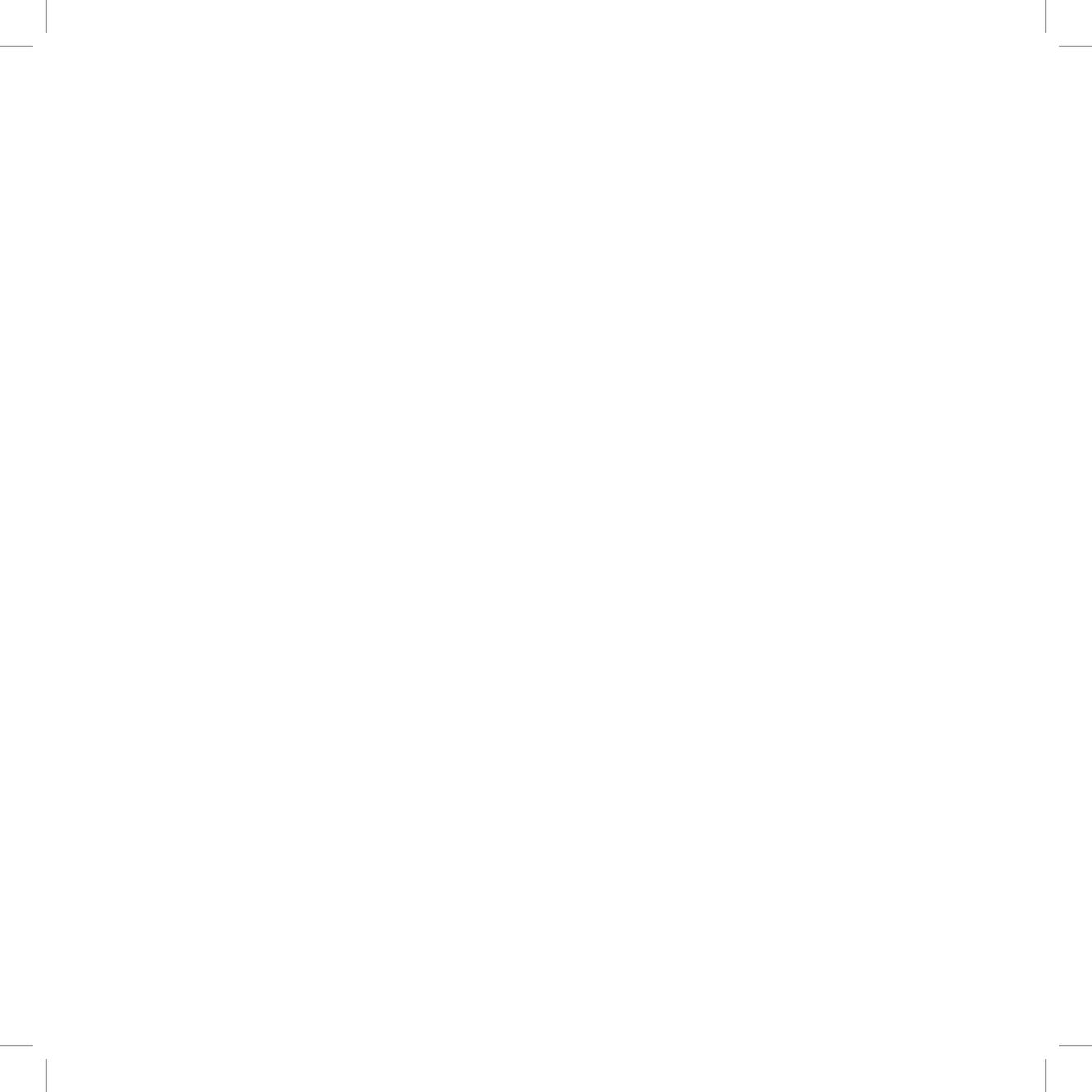


Ischigualasto (Valle de la luna). Parque Triásico. Provincia de San Juan. Declarado en el año 2000 Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Su importancia está dada por sus formaciones geológicas labradas por el agua y el viento. Su riqueza paleontológica se da por la gran cantidad de restos fósiles del Período Triásico de la Era Secundaria de hace 248 millones de años, único lugar en el planeta donde se encuentra una secuencia completa de dichos sedimentos. Allí vivieron gran cantidad de reptiles entre los cuales están los dinosaurios, entre ellos el más primitivo llamado *Eoraptor lumensis*, quienes ejercieron su reinado por 150 millones de años. A finales de la Era Mesozoica (hace 70 millones de años) aparecen los mamíferos.



La ruta blanca



Recuerdo que estoy en medio de mis dos hermanitas que duermen profundo. Está oscuro y tengo miedo. El auto va muy rápido y anda por un camino donde no hay nada. Una ruta solitaria, blanca y nada. No hay árboles, pastos, ni animales, ni ranchos. No hay vida. No hay nada.

El vehículo rueda rápidamente por la ruta desierta y quieta en medio de la nada, ni siquiera la luz de la luna que alumbre. Solo ruta, noche oscura, y miedo. Estoy aterrada en esa inmensidad que parece no tener fin. ¿Y si el auto se rompe? ¿Acaso alguien acudirá en ayuda? Imposible imaginarlo. Nada ni nadie alrededor. Mejor no pensar en la mañana que vendría, el sol calcinante sin amparo de sombras. No, mejor no pensar. La cupé *Hudson* de la familia se desliza a noventa kilómetros por hora.

Mamá maneja el auto. Papá escucha la radio bajito. La sintonía es mala, las descargas frecuentes hacen difícil oír lo que llega de lejos, desde al-

guna emisora de la Capital. Él quiere enterarse de las noticias no muy buenas de lo que pasa. Puede perder su cargo. Están echando gente y él, profesor de la Universidad de Tucumán, no será la excepción. Todos los que se oponen al gobierno, están entre los castigados. Tal vez, verlo tan preocupado acrecienta mi malestar. No habrá buenas oportunidades de trabajo para un maestro. Tal vez por eso se agranda mi miedo. ¿Qué será de nosotros?

A mis padres no les gusta viajar de noche, pero a pesar de esto el recorrido se realiza en la oscuridad. Las altas temperaturas del verano no hacen posible realizarlo de día. Cruzar tan árida extensión desde Tucumán hasta Miramar demanda demasiado tiempo. Ellos han recurrido al *Actemin* para alejar el sueño, que solo consumen en estas ocasiones. Deben permanecer despiertos.

Mis hermanas siguen durmiendo gracias al silencio de la noche. A nuestros pies está la gran bolsa, cargada de muñecos de goma, tres por

cada una. Son nuestros “hijos” para las vacaciones. Las tres los queremos mucho y nos acompañan todos los años a la casa del mar. Son obedientes nuestros bebés. Son buenitos y obedientes. Bien educados los niños.

El cansancio me lleva también al sueño, a percibir los fantasmas que se acercan. Uno de ellos mete su largo y traslúcido brazo en la bolsa de los juguetes que salen de su guarida transformados también en pequeñas ánimas. Los nenes tan mansos y dóciles, de golpe se han convertido en temibles criaturas. Saltan. Gritan. Corretean. Se pegan. Insultan con agudos sonidos que no puedo entender. Todo es un caos.

Uno de ellos brinca al asiento delantero sobre la cabeza de mi madre. Ella frena de golpe.

Recuerdo haberme despertado.

El coche queda detenido en la ruta. El padre sale del mundo de las noticias y sorprendido por la frenada, pregunta el motivo por el cual están parados.

Mamá dijo: “Había una luz refulgente delante mío. Parecía un fantasma”.



Las Salinas Grandes (Desierto de las Salinas) tienen una extensión de casi 9.000 km². Cubren el Chaco Austral: noroeste de Córdoba y el suroeste de Santiago del Estero, y Sudeste de La Rioja y sureste de Catamarca. Si se suman las casi inmediatas Salinas de Ambargasta, San Bernardo y La Antigua, alcanzan una superficie de 30.000 km², lo que las convierte en el área mayor de los solares del planeta. Suelen estar cubiertas por una somera capa de agua, dando lugar a muy extensas y poco profundas lagunas de 10 centímetros de profundidad que se desecan fácilmente. Su clima continental es muy árido, seco, con temperaturas que superan los 45° C en verano. De ellas se extraen minerales como el cloruro de sodio, el sulfato de sodio, el potasio y el bórax.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2015 en
La Imprenta Ya S.R.L., Av. Mitre 1761, Florida, Buenos Aires, Argentina
www.laimprentaya.com